

H O M E N A J E A  
M A R I A C E G A R R A



Edición de  
SANTIAGO DELGADO


FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA • ANA CARCELES • DIONISIA GARCIA  
ASENSIO SAEZ • CARMELO VERA (Coordinación)

H O M E N A J E  
M A R I A C E G A R R A

*Colección:*

**MAYOR, 8**

---

- © Santiago Delgado (Edición), 1995
  - © De los textos, sus autores, 1995
  - © De esta edición (por ord. alf.)
    - REAL ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO
    - EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA UNION
    -  **Fundación Cultural**
    - CONSEJERIA DE CULTURA Y EDUCACION  
Editora Regional de Murcia  
C/. Isaac Albéniz, 4, bajo.  
30009, Murcia.  
Teléf. 968 - 28 02 46 Fax: 968 - 29 82 93
- 

*Dirección Editorial:*

Javier Marín Ceballos

*Ilustración de portada:*

Gil de Vicario

*Primera Edición:*

Mayo, 1995

Depósito Legal: MU - 527 - 1995

I.S.B.N.: 84 - 7564 - 164 - 4

*Impreso por:*

Artes Gráficas Imprecom, s. l.

Impreso en España. Printed in Spain

---





## RETRATO EN SEPIA

ASENSIO SAEZ

Una y múltiple tú, inmersa en plural juego de espejos que, oye, María, ni diseñado por Lewis Carroll. Filatelia de escorzos y perfiles por ti protagonizada bajo la ducha de los focos, toda tú ganada así como por relampagueante lucerío auroral, por rayo que no cesa. Se hacía necesaria la hernandiana advertencia, digo yo.

Impagable documento éste que aquí se ofrece, retrato en sepia, congelada imaginería de lo que tú fuiste, de lo que tú eres, de lo que siempre serás, pues del todo, lo que se dice del todo, nadie se va de este universo mundo cuando, como tú, deja completamente consumido su presupuesto de amor, finiquitado su catálogo de sueños y epifanías, proyectos y ternuras, y en anaqueles convenientemente clasificada, al alcance de la mano, su obra literaria a punto, aquélla que, por la gracia de Dios, tú llegaste a firmar y rubricar a tiempo.

Sometida al milagro de la cámara fotográfica, te recobramos. Toda tú oficiando tus pasos por la tierra, los lejanos de la adolescente soñadora, los de tu juventud ofrendada a Andrés, el hermano escritor atado para siempre a su dramática anquilosis; los de tu encuentro con las aulas —"ilusionada tarea de la enseñanza"—, los de tus largas horas en aquella "habitación 207", tu huerto de los olivos, por ti patéticamente cantada en uno de tus últimos poemas en homenaje a tu hermana, que entre sus cuatro paredes esperaba la visitación de la muerte...

Sean lícitas ahora, frente al azogue de estos espejos que, de algún modo, a nosotros te devuelven, alguna que otra pregunta. No contestes si no quieres. ¿Obtuviste al fin el don de aquel alquimista singular que maneja sabiamente la fórmula por la que se alcanza "la gema rutilante de la felicidad"? ¿Lograste hacerte del oportuno visado que a Dios le demandabas en cierta ocasión para que tus versos pudieran arribar al "ámbito donde se encuentra Andrés"? ¿Por



qué aquel suspiro tuyo, la agüilla, a punto de la lágrima, en tus ojos; tu voz entrecortada por la emoción la noche aquella en que, tras muchos años de amordazados silencios, pudo de nuevo pronunciarse a los cuatro vientos un nombre de arcángel, Miguel escribo? ¿Recuerdas? Por medio la I Asamblea de Poetas y Escritores del Sureste, en Orihuela. Con la última campanada de la media noche, en el claustro de la catedral se encendió el verso de Miguel Hernández. ¿Fue entonces cuando, al fin, necesitaste creer que hubo alguien que "ni antes ni después" supo pronunciar tu nombre como nadie?

*¿En dónde ballaste el "¡María!"...?*

.....

*A tus llamadas me encontré.*

No me vayas a decir que aquellos versos sólo devaneos literarios vinieron a resultar. Nunca necesitaste inventar mundos ajenos, usar orbes prestados. ¡Qué lejos tus versos de la máscara, del maquillaje exquisito! Tú misma le llegaste a certificar a Antonio Arco: "Siempre he escrito la poesía dejándome llevar por los sentimientos. He dicho aquello que brotaba de mí con la necesidad de ser contado". A trueque de ternura, siempre tus temas favoritos: Dios, mina, amor, familia, paisaje, fidelidad a La Unión, tu pueblo y el mío, hoy en dolorosa bancarrota. En relación a este tema, digo yo que te acordarás de cuando participando en la convocatoria del Premio Andrés Cegarra Salcedo, destinado a galardonar la mejor letra de "minera", Pemán obtuvo el premio con sus versos. De dos de ellos –los últimos– hago yo memoria:

*...Las minas del corazón  
nadie sabe dónde están.*

No, no barruntaba el poeta gaditano que, con los años, las únicas minas con que contaría La Unión iban a ser las del corazón porque una nueva crisis, sumada a las otras muchas padecidas por la ciudad a lo largo de su dramática historia, se encargaría de cerrar a piedra y lodo todas las pertenencias mineras, y no quiero darte el día, bien sabe Dios que no quiero dártelo. Por otra parte está claro que no fue uno requerido para la vana lamentación, ni siquiera para la triste remembranza, a caballo entre el treno y la melancolía, sino para hablar de ti. Procuraré, por tanto, atenerme a mi convenida obligación, cumplir al menos. Con la pluma, pues, contaré lo que de ti me han contado, lo que me has contado tú de ti, lo que a través de muchos años de amistad profunda, de admiración sin tasa por ti, de muchas claves, de muchos aprendizajes literarios, guarda uno en su corazón. Espero no fallar demasiado en materia o capitulillo cardinal. Así pues, abastecido el zurrón de buenos propósitos y alertada la memoria con una considerable munición de recuerdos, comienza uno su apasionante tarea. Tú dirás luego.



## I. El hermano muerto

La misma María elige, emocionadamente, las justas palabras —ni una de más, ni una de menos— para recordar al hermano muerto: "La biografía de Andrés Cegarra Salcedo está resumida en esta sola palabra: dolor. Físicamente inmóvil, su espíritu adquirió toda la fortaleza y agilidad que faltaba a sus miembros jóvenes y enfermos. Y el pensamiento se le hizo torrente de luz. Y el corazón se le desbordó en nobleza y hermosura. Fue un elegido".

Atado a su sillón de parálítico, aceptando la decisión de aquel destino inmisericorde que le aparta del mundo, Andrés Cegarra alimenta el suyo propio, peregrino de copiosas geografías inexistentes, andariego por múltiples rutas inventadas, ¡él, que tan pocos caminos verdaderos pudo hollar! Alguna vez, sin embargo, en pie, la inevitable protesta dolorosa, el lanzazo de la derrota: "¡Qué inútil, qué ridículo este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor!". Pero enseguida, frente a la suma de sus limitaciones físicas, la recuperada victoria del espíritu a salvo, envidiable actitud a la que hace alguna vez referencia Francisco Alemán Sáinz: "¡Patético Andrés Cegarra, con una intención creadora, con una elegancia decidida a no volverse personaje de autocompasión!".

Desahuciado el enfermo, "en la familia Cegarra Salcedo se crea la situación de hacer feliz la agonía de Andrés", escribe, a su vez, José María Rubio Paredes en su ensayo "María Cegarra o la intimidad frente a la muerte", publicado en "Murgetana". Añadiría luego: "María idealiza al hermano. Y el ídolo marcha lentamente hacia la muerte, o más bien la muerte invade imperturbablemente a Andrés. María es la vida de Andrés". Qué lejanos, inalcanzables entonces, para María, los amables días de su despertar a la adolescencia feliz en las aulas del Colegio de Carmelitas de la calle Mayor, por cuyos ventanales se cuele el paisaje de la sierra minera, tan a la mano. Es precisamente Rubio Paredes el que arranca de labios de Natividad Paredes Campillo, su tía, el impagable testimonio del recuerdo de aquel paso de María por el Colegio de Carmelitas, con sus suelos de madera, sus pupitres colectivos, sus tinteros de porcelana, sus rezos presididos por la imagen de la Virgen Niña, añil y rosa... "María era una niña espigada, hasta el punto que sobresalía en la capilla del colegio, no sólo de nosotras, sus compañeras de clase, sino de las del curso inmediato superior; muy delgada, de ojos grandes y vivos —no vivarachos— y mayores silencios. En los recreos siempre estaba por algún rincón, sola o con otra del mismo estilo, o hablando con la monja. Rara vez jugaba con el grupo o en grupo, a lo más se la veía jugando a las tres en raya con otra compañera. En clase nunca "salía" voluntaria, y cuando le preguntaban contestaba bien y en pocas palabras. Nunca llevó "cuentos" ni chismes de otra compañera. Siempre estaba dispuesta a ayudarte en cualquier duda de ortografía o de problema de aritmética".



La propia María evocará luego, muchos años después, con motivo de la celebración del "Día de la Antigua Alumna", su paso por las viejas aulas: "Entre los días largos y calientes de la primavera está el Día del Colegio como una floración alta y azul de prodigiosa atracción. Surgen en racimo las anécdotas con toda su gracia y travesura, por las clases, en los balcones, en las terrazas, en el patio grande, en la iglesia pequeña y dorada del colegio. La memoria, entre todas las cosas apretadas y tristes, guarda, sobresaliente, el detalle inconsumible de aquel tiempo feliz".

Cuando se agrava Andrés, María empieza a ser su brazo derecho, "su pluma misma —escribe Antonio Oliver—. María hizo el milagro de la prosa de Andrés. Si al escritor que se vale de sí mismo se le escapan las de la mente o de la mano, ¿qué fatal entrega no sería la de María para que ese hilo de las palabras y de la frase no se perdiera desde la mente de su hermano hasta la mano de ella?".

La dolorosa inmovilidad de Andrés no impediría, sin embargo, que la habitación del escritor dejara de convertirse en centro de animadas tertulias literarias, en las que, a lo largo del tiempo, persiste la memoria, entre otros, de Antonio Ros, José Rodríguez Cánovas, Raimundo de los Reyes, Pedro García Valdés y una jovencísima Carmen Conde que, muchos años más tarde, evoca sus visitas a la casa de Andrés: "¿Qué ha sido de aquellos domingos llenos de alegría, yendo en un tren pequeño y tontísimo, junto a mi padre, otro ausente que no me abandonará tampoco, hacia tu casa de Bailén, 10, donde luego yo buscaba una habitación lúcida y azul de ojos fanáticos de poesía, como éramos tú y yo?".

La habitación de Andrés. Grande, impecablemente pintada de un discreto verde manzana. Libros, revistas. Sobre una mesa, el primer receptor de radio llegado a La Unión. En el amplio balcón, en lucha con el viento que de la sierra baja, un plátano mueve sus hojones, enhiesto en generoso macetón. Como telón de fondo, gozado diariamente por Andrés, el fabuloso paisaje de la sierra minera, con la postal del "Cabezo Rajao" ofreciendo su profunda grieta, raja que lo bautiza, por la que el monte se traga cada tarde, tal hucha gigantesca de piedras vivas, la moneda del sol.

Es precisamente en esta habitación donde se forja la Editorial Levante, "pomposa, ingenua, mínima, descomunal", epítetos formulados por Pedro García Valdés al descubrir su puesta en marcha: "Ni timbres ni teléfonos, ni máquinas de escribir... La correspondencia se despachaba a pulso sobre el mármol de la mesilla de noche de Andrés, con una pluma de colegial...". Nace así, sin embargo, una importante colección de libros, una serie de novelas cortas, tan al gusto de la época; un boletín publicitario, un almanaque literario...

¿Por qué luminoso camino echa a andar Andrés aquella tarde de enero en la que, abandonando su dramática inmovilidad, por hacer ventura de su



desventura, se deja agarrada a las paredes de su habitación su vencida juventud insolente, su terco destino de barca varada? 14 de enero de 1928, cuando continuando la tradición de los almanaques literarios, Andrés da los últimos repasos al número cinco de la colección, llega la muerte madrugadora, artera. Como cristiana consigna consoladora, cincelada en el mármol de su tumba del cementerio de Nuestra Señora del Rosario, se advierte al piadoso visitante que detiene su andadura frente a la sepultura del escritor: "Porque es gran día en la ciudad de Dios cuando llegan, al fin, los que en la tierra sufrieron mucho".

## II. "Por escucharte, canto"

Precisamente, cuando Andrés ya no está en la tierra, María empieza a escribir.

—No, la verdad es que yo no había escrito nunca nada seriamente —ha confesado María en alguna ocasión—. La razón que me llevó hasta el encuentro con mis primeros poemas fue sin duda la prolongación del recuerdo de Andrés, el deseo de mantener viva su memoria.

Inaugurando las páginas de "Cristales míos", primer libro de María, la síntesis biográfica del hermano muerto: "El día 3 de mayo, día de las cruces de flores, naciste. Y tu vida fe una pasionaria —flor de cruces— que subyugaba y conmovía".

Alargada la mano hacia la nieve de la cuartilla virgen, se abre paso la recién nacida vocación poética: "¡Cuánto tiempo que no oigo tu voz! Por escucharte, canto. Por saber de ti, he inventado este falso renacer". Es decir, Andrés continúa, de algún modo, dictándole a María. "Cuando está sumergido en el mar tenebroso de la muerte todo el ser del escritor, María, su hermana, es escritora —de nuevo, la pluma de Antonio Oliver—. Este es el doble legado de Cegarra. El de su propia obra y el de habernos dejado alguien que también escribe hoy, cosa que antes del óbito fraternal no sucedía".

Recibe por entonces María la visita de Ernesto Giménez Caballero, a quien acompaña el escritor murciano Raimundo de los Reyes. Giménez Caballero da cuenta luego, en el prólogo de "Cristales míos": "Nos sentamos como en un bosque, agazapados entre matas sobre ladrillos enjofifados, junto a paredes cuidadas por retratos y reliquias". En la sala, los padres de María. Pepita, la hermana mayor, llama a María, que aparece sonriendo. "De negro, como toda aquella casa. Y blanca, como toda la casa aquella. Fina, concentrada, desvariada... Cuando me apuntó que tenía manuscrito un libro de poemas y que lo publicaría, vi mi deber en forma de deseo: 'Yo haré una introducción para ese libro, María'. Ella me cogió una mano con las dos suyas".

Acompaña María a Giménez Caballero hasta su laboratorio. Al viento de la calle, el discreto emblema publicitario: "Análisis Químicos", legítimo



aviso, como bandera o ex-libris de uno de los más fascinantes oficios: "arrancar trozos de plata a la gleba vieja para lavarlos y acariciarlos como a palomas minerales" –prosa de Giménez Caballero que, del brazo de María visita detenidamente su laboratorio, tramo a tramo.

–Cada día me traen menos muestras. La crisis de la sierra ha convertido a La Unión en un pueblo fantasma. Andrés ya lo profetizaba: "Esto se acaba".

Gustará Giménez Caballero, luego, detener la pluma en el prólogo a María dedicado, por describir con golosa morosidad el laboratorio: "Una estancia grande, enyesada, con carácter de almacén frutero sin frutas, con frialdad seca, levantina, dura, ascética. Larga mesa: balanza, platillos, polvos de mineral, tubos de ensayo...".

María se siente a gusto en la escenografía singular de su laboratorio. Primera mujer perito químico de España, confesará siempre su amor por la profesión. Dato clarificador: en su laboratorio le nace a María su delirante devoción por los perfumes. Precisamente "Cristales míos" se cierra con unas hermosas páginas acogidas a un hermoso epígrafe: "Ensayo espiritual de los perfumes", en el que la poetisa llega a certificar con absoluta convicción que "un perfume es más que un poema". "El perfume vive en agonía –afirma luego–. Es dolor de olor lo que nos cede, martirio de huida... Cuando un perfume se extingue radica en el infinito y deja en nosotros el hueco de un alma". Enamorada del tema, embriagada de olores, llega a recibir de manos de Carmen Conde aceites esenciales diversos, obsequio exquisito exportado especialmente de Alemania. Son los días en que los versos de María comienzan a encontrar cálidos ecos: Juan Ramón Jiménez la felicita en una carta autógrafa en la que arden como lenguas de Pentecostés las florituras de su personal caligrafía, Benjamín Jarnés, desde "La Nación" de Buenos Aires y Manuel Bueno, desde "ABC" de Madrid, se ocupan de su obra. Añádanse, además, los elogios de Guillermo de Torre, Cano Ballesta, Carmen Conde, Miguel Hernández... Más adelante habrá que detenerse ante la amistosa relación, por muchos tan traída y tan llevada –¿tema corazonal, flor de romance?– entre María y Miguel.

Tras su éxito como poetisa, la licenciatura de Ciencias Químicas, abriéndole paso a abundantes años de enseñanza en Cartagena. Andando el tiempo, en una entrevista concedida por María a "La Verdad" –19 de marzo de 1978–, todo se lo cuenta al periodista Pascual Gacía Mateos, uno de sus ex-alumnos:

–Durante cuarenta años he acudido diariamente a Cartagena, cumpliendo mi tarea de profesora de Químicas en la Escuela de Peritos Industriales y Maestría y en otros centros de Formación Profesional y de Bachillerato. Han pasado por mí varias promociones de estudiantes y en la industria española hay distribuidos multitud de peritos que son el orgullo de la Escuela de Cartagena. He vivido en esa ciudad casi más tiempo que en La Unión, ya que he dedicado a la enseñanza todas las horas del día. Me siento ligada a Car-



tagena en la hermosa labor de promoción de la juventud. Y lo más grato que sucede es que los que fueron alumnos míos me saludan ahora –ya padres de familia– y recuerdan gratamente el tiempo de sus estudios.

Cuidado, nunca habrá de salir menoscabada y así como en desnorte la poesía. Para María química y poesía no dejarán de ser nunca una fulgurante, sacra simbiosis:

*He sido*

*una sencilla profesora de química*

.....  
*Minúscula sapiencia para tan grandes sueños.*

En el fondo, para María, todos los hechos de su existencia no dejan de ser nunca materia prima con la que continúa siéndole fiel al encendido verso. Si Mallarmé aseguraba que todo en el mundo existe para acabar convirtiéndose en libro, bien puede María, por su parte, remedar al poeta francés al afirmar repetidamente que, a partir de la muerte de Andrés, todo acaecimiento de su currículum viene a tomar cuerpo para trasmutarse a la postre en un lúcido, insobornable tema poético.

### III. Donde un niño confunde el despacho de María con la gruta de Aladino

Recuérdese que ya en el prólogo con que Giménez Caballero abre el primer libro de María se describe su laboratorio. Estancia un tanto fría, funcional, se encuentra, sin embargo, "como burlada por un cuartito breve y contrario". Es el cómodo despacho particular de María, cuna de sus poemas, camarín de su intimidad. En pequeños estantes se hacinan los libros, mientras que de las paredes, de un blanco impoluto, cuelgan varios dibujos firmados por la propia María, originales unos, otros impecables copias de Lozano Sidro o Méndez Bringa; un retrato de madame Curie, por la que María guarda una devota admiración; algún viejo grabado... En la mesa de trabajo, un búcaro con flores –nardos, siempre que el ciclo otoñal los facilite– derrite su fragancia junto a la fotografía de Andrés.

En el despacho se ordenan algunas sillas destinadas a las visitas, amén de un sillón de alto asiento de anea en el que un niño llamado Asensio puede alcanzar a menudo aquella deslumbradora caja de lápices Feber, iris formidable, con los que María colorea sus dibujos; también la colección de cromos del álbum Nestlé, la tinta china de dibujar el paisaje minero para "Blanco y Negro", sección "Gente menuda", y hasta tijeras y pegamento para que un castillo medieval de cartulina tome cuerpo.

Recortando las piezas de una locomotora de papel, repasando el "Pipo y Pipa" de Bartolozzi o inmerso en las aventuras de Guillermo Brown, el niño



ve abrirse las puertas del despacho para dar paso a Carmen Conde, en su mano la programación de la Universidad Popular de Cartagena, ofreciendo completo ciclo infantil de dibujos animados, o a la encargada de la Biblioteca Infantil de La Unión, que acerca a María el nuevo catálogo de los cuentos de Araluce, a todo color, o a la mismísima Elena Fortún, sólo que sin la compañía de Cuchifritín, el simpatiquísimo niño rebelde, el niño díscolo, el niño fierabrás. Ni una alusión siquiera a sus héroes en la conversación de la escritora con María. Ni siquiera nombrar a Celia, ni a Maton Kikí, ni a la buena de doña Benita, ni tampoco a Paquito, el hijo del boticario de Segovia. Palabra: ni un solo domingo sin "Gente menuda", en compañía de Elena Fortún y de sus criaturas inventadas. Ahora, en el despacho de María, Elena Fortún ni nombrarlas, porque lo que ocurre es que Elena Fortún acaba de visitar el monasterio de San Ginés de la Jara y viene del todo indignada —¡ya entonces, Dios!— por el abandono del lugar del que recientemente han desaparecido ornamentos sagrados, exvotos, algún cuadro... Todo el monasterio sembrado de huesos de muerto. En una popular revista madrileña —¿"Estampa", "Crónica"?— escribirá luego Elena Fortún: "Huesos hay en todas partes. Abajo, arriba, detrás de los altares, mezclados en los escombros y en la tierra removida del huerto..."

Otro día la puerta del despacho da paso a Norah Borges, la hermana del escritor argentino, autora de deslumbrantes óleos, de deliciosas ilustraciones que el niño Asensio conoce en parte por el libro "Júbilos", la segunda obra publicada por Carmen Conde. Norah Borges dibuja la cabeza de María. ("¡Quietecita, quietecita!"). En una esquina del retrato, como dato curioso, críptico o simplemente folklórico, la pintora escribe: "Jueves Santo".

De todos los recuerdos correspondientes a su infancia, de todas sus evocaciones de sus visitas a los museos, de todos sus viajes culturales —¡qué falsamente solemne, qué comprometido adjetivo!— e incluso de todos los libros cuya lectura enseña tanto como la misma vida, al niño Asensio le van a sobrenadar, con los años, esta pintoresca remembranza del despacho de María, tantas veces confundido con la gruta de Aladino, así de atractivos venían a salir su tirón fascinante, sus magias y sus poderes.

De la gruta de Aladino, bueno, del despacho de María, a través de una escalera exornada de fresquísimas macetas se ascendía a la amplísima, acogedora vivienda, visita ineludible del niño si el reloj marcaba la hora de la merienda. Toda la casa de María, una estampa mironiana: mecedora con vaivén de habanera, románticos grabados, espejos descomunales en cuyo azogue se congela un tiempo muerto, irrepetible... Sobre una consola, una figura de mujer arrodillada finge recoger por medio de un pequeño cántaro el agua inexistente de una gran pecera... En el comedor, teñido por la íntima, fresca luz filtrada por una persiana verde, aliviadora de los excesos que un sol de poniente derrama, aparecen los padres de María, leyendo el periódico del día; él, pelo albo, ojos azules; afaenada en la labor de la costura, recortando



el noble perfil junto al cristal del balcón, como en un cuadro de Vermeer, ella. Llega desde el cercano patio el zureo de unas palomas y desde la cocina, en familiar vecindad con el comedor, la voz de Pepita, trajinera siempre, entre la otra poesía de los pucheros:

—¡Nene, no te vayas sin probar esta torrija rociada de canela y miel!

Volverá enseguida, de nuevo en el despacho de María, la amistad con Simbad el Marino, el Barón de la Castaña, Tarzán de los Monos, acaso... Nunca con el feísimo cuento de la útil y provechosa moraleja, que para aprovechamientos y corduras ya están las otras horas tediosas, largas como rollos de serpentina, de las jornadas escolares, tan distintas, ay, a las del despacho de María.

Está claro que de aquellos días le vienen al autor de estas letras la querencia a María. Razones de lógica andan por medio. Pasados muchos años, Josefina Soria, por causas justificadísimas, no puede asistir al acto de presentación de la "Obra completa" de María en La Unión. La escritora cartagenera envía entonces a "La Verdad" un artículo disculpándose por su ausencia: "María, me hubiera gustado estar contigo y mirarte los ojos asombrados —tan sencilla eres— ante el merecido homenaje, escuchar el panegírico de Asensio, que me imagino emocionado y hermoso, que habrá de repetirme un día, yo sé que sin esfuerzo, pues a este amigo las loas a María le brotan con la naturalidad con que a mayo las flores. Te quiere mucho Asensio".

#### IV. Presencia de Miguel

Con destino a la revista "Tránsito", de Murcia, María envía a Dionisia García su poema "Presencia de Miguel".

*Nadie  
—ni antes ni después de ti—  
supo, sabe  
pronunciar mi nombre.  
hacías una creación de la palabra,  
del tono, del sonido, del acento...  
.....  
Entonces...  
Te recuerdo en mi nombre  
—aprendido de ti—  
que conmigo inseparable, llevo.  
Inconsumible, ingrátido.  
Sin muerte y sin dolor.*



Ya años antes –primavera de 1976–, María firma un poema cálido, doloroso, rememorador de las visitas de Miguel Hernández a La Unión:

*...Trata de su Oleza vegetal  
una carga de sol que lo abrasaba.  
Fundido en arcilla parecía,  
gleba roja levantada del surco.  
En los labios un silbo de poeta  
apretado de versos.  
Dos topacios los ojos.*

.....  
*Tu barro, lumbre ahora en la lumbre de Dios.  
Inconsumible, eterno fuego de bellezas.  
En este recuerdo de Miguel  
soy de entonces, aunque me encuentre hoy.  
Y canto calladamente en sufrido destino  
la nana de la cebolla.*

Por medio de "La Verdad" se establece un diálogo, ciertamente succulento entre María y José García Martínez:

–María, ¿pudo ser Miguel para usted una continuación afectiva de lo que había sido Andrés?

–No, tanto no, tanto no.

Simbólicamente aleteantes durante la conversación, cartas van y vienen, vienen y van, como claves de un goloso tema. Se trata, está claro, del consabido correo entre María y Miguel, epístolas que la poetisa guarda secretamente se diría que en las alacenas del corazón, una de cuyas cartas, sin embargo, haciendo María inesperada excepción, ha entregado en su día a "Tránsito", en cuya portada del número que la incluye, íntegra, puede leerse: "Hoy huele a nardo el rostro de nuestra revista: el nardo que María Cegarra Salcedo le regaló a Miguel Hernández". Lease a continuación un breve fragmento de la misiva: "El otro día quité de la solapa de mi chaqueta aquel nardo que me regalaste. María, ha llegado conmigo hasta Madrid; no debió mustiarse nunca". He aquí cómo desde este momento la historia del nardo, flor galana donde las haya, se enriquece con un nuevo destello literario. Escribiendo un comentario sobre los nardos de Pedro Cano, incluido en su libro "Flores de Murcia" con destino a la Expo de Sevilla, cayó uno en la cuenta: al ungüento de los nardos de Betania perfumando en las páginas de la Biblia los pies de Jesús, a la vara de nardos que en mironiano "Obispo leproso" la guapa doña Purita tiende hacia don Magín después de estampar un beso en uno de sus fragantes copos e incluso a los nardos que, aromando la calle de Alcalá Celia llegó a ofrecer como infalible remedio para el mal de amores, se



suma en su momento el nardo de Miguel Hernández, depositado en su solapa por María.

—María, esos son unos síntomas muy claros de enamoramiento —insiste García Martínez.

—No, no, imposible —se evade María.

—Carmen Conde sí cree que estaba enamorado de usted.

—Ella lo trató más. Es posible.

Continúa la conversación, a todas luces apasionante:

—Perdón por la insistencia. María, me gustaría saber si, por una de las frases de Miguel en estos papeles, podría desprenderse que estaba enamorado de usted.

María se encuentra entonces cordialmente sitiada por antiguas verdades, por insobornables testimonios de ternura.

—Pues sí, efectivamente, se puede desprender. Por eso no he querido yo que se sepa. Y mucho menos que, en el caso de un hombre casado y con hijos, saliera yo con ese romance antiguo para aprovecharme. Me parece que no es serio ni prudente, ni bueno.

—¿Puedo decir yo, por mi cuenta, que Miguel estaba enamorado de usted?

—Tú puedes decir lo que quieras, porque no levantas ningún falso testimonio, pero no sé si debes decirlo, ¿no comprendes? No se adelanta nada con eso.

Verdad es que María se ha negado siempre a facilitar la lectura de las cartas por Miguel a ella dirigidas. Sólo en una excepcional ocasión entrega la antes citada, "la del nardo", a "Tránsito". Dionisia García, "el alma que atrajo este vuelo, acariciaba el papel con azorada ternura...".

El que estas líneas firma le insiste a María en más de una ocasión sobre la posibilidad de dar a conocer las cartas:

—María, ¿has caído en la cuenta de que leer una carta de Miguel es resucitarlo un poco?

—¿Quién, yo? ¿Dar yo a conocer las cartas de Miguel, unas cartas que para mí y sólo para mí fueron escritas? No, no. Sólo por respeto a Miguel no daré a conocer esas cartas mientras yo viva. Más de uno creería que alardeaba yo estúpidamente de su posesión.

Cancerbero de la custodia de sus cartas y más del poema, en tinta verde manuscrito por Miguel, María sí que le ha contado al que suscribe, sin embargo, sus encuentros con el poeta en La Unión, al menos sus paseos por el espléndido paisaje minero.

—Lo llevé a embeberse de la luz de la sierra, de los fondos marinos, los limpios azules que desde tantos lugares de la ciudad se alcanzaban. Entonces, el mar se ofrecía a la mano. Desde muchos balcones, desde cualquier terraza de La Unión, se gozaba de la visión del Mediterráneo y, aún más cerca, la del



Mar Menor, todavía no escamoteada por esos monstruos de hormigón de la nueva arquitectura que achica y ensombrece la ciudad.

En vuestros paseos, ¿os acompañaba alguien?

—No, nunca.

—¿Siempre solos?

—¡Pues, claro, claro, hombre, siempre solos!

Circunstancia por entonces no del todo bien vista. Lo que no era óbice para que María y Miguel agotaran los incomparables atardeceres de la sierra, panoramas de oxidadas terreras, suelo acribillado de pozos, amotinados cantos, artilugios mineros: malacates, castilletes, chimeneas... Lo que más le gustaba a Miguel era contemplar la puesta de sol alcanzada frente a la mole del "Cabezo Rajao", con su airón de sandía rota, hoy emblema de la minería unionense. Todo el telón del cielo poblado de ígneos oros, anaranjadas llamas, fuga de lujos amarillos, materia prima para paleta de pintor.

—En cierta ocasión le regalé a Miguel unos preciosos trozos de mineral.

Los guardó emocionadamente Miguel como lo que realmente eran: un pedazo del alma de La Unión.

Muchos años más tarde, ya por los noventa, el cronista recibe una carta de Ramón Pérez Alvarez, que en la cárcel de Alicante había amortajado en su día a Miguel Hernández, envolviéndolo piadosamente en una sábana. José María Galiana describe a Ramón en "La Verdad" como "compañero de adolescencia de Miguel, de silbos, de tahona, de penas de muerte, de sobresaltos en la madrugada, de cárcel, de escarcha, cebolla y atropellos". Concedor de su amistad con María, Ramón escribe amablemente al cronista, solicitándole el papel de introductor en una pronta visita de Juan Guerrero Zamora a la poetisa, la cual accede gustosamente. Juan Guerrero Zamora, acompañado de Nuria Torray, Jacinto López Gorgé y el propio Ramón Pérez Alvarez, son acompañados por el cronista hasta la casa de María. Nuria, encantadora Nuria de voz personalísima, porta un hermoso ramo de flores blancas que entrega a María. Nardos, todos hubiésemos preferido nardos, sólo que éstos son del todo imposibles de hallar en el invierno de La Unión. María, admiradora de la actriz, establece con Nuria una cerrada conversación cordialísima. Jacinto recuerda alguno que otro viaje anterior a La Unión. Enseguida María se adueña amablemente de la tertulia, contando alguna que otra sabrosa anécdota. Surge luego el tema del cine. El cronista, por discrección, silencia hallarse en posesión de alguna carta de larga caligrafía jugosa, firmada por Maruchi Fresno, la "Reina Santa" de Rafael Gil, primera mujer de Juan Guerrero Zamora. ¿Cartas, cartas han sido nombradas? Ni que decir tiene que el tema de las cartas de Miguel a María se abre pronto paso en la conversación y que María, entre el zurriagazo y la sonrisa, se niega en redondo a soltar prenda, léase a leer una sola carta de Miguel.

Pocos días después, Ramón Pérez Alvarez escribe al cronista agradeciéndole su intervención, fallida intervención, a favor de las pretensiones de



Juan Guerrero Zamora –las consabidas cartas, claro–, enviándole al mismo tiempo una separata del Boletín Informativo del Colegio Oficial de Peritos e Ingenieros Técnicos Industriales, de Alicante, en la que se inserta un trabajo del propio Ramón sobre las relaciones Miguel-María, insistiendo en su creencia de que la ruptura de Miguel con Josefina Manresa –1935– tiene como origen su inclinación hacia María. Trata así sobre el cruce de cartas y poemas entre María y Miguel. "Ambos se complementan –afirma Ramón, añadiendo:– Es el período de gestación de "El rayo que no cesa". ¿Quién inspira los poemas de ese libro? ¿La entonces 'distante' Josefina o la más próxima, física e intelectualmente María Cegarra?". Agrega todavía a continuación: "María, a mi juicio, por un excesivo pudor, se niega a que esas cartas y posibles poemas vean la luz pública. Es respetable su decisión, que demuestra su alta calidad espiritual. Pero, fallecida Josefina, ¿no es un exceso de celo mantener inéditas esas cartas que podrían ser claves para una interpretación veraz de los hechos?".

Referido a la pasada visita a La Unión, Ramón Pérez Alvarez escribe en su carta: "Yo pasé una tarde deliciosa con vosotros. María tiene una lucidez maravillosa y un envidiable, con sus años, sentido del humor".

## V. Amor a La Unión

"Decir María Cegarra es decir La Unión", se certifica en la semblanza a la poetisa dedicada en el folleto anunciador de los respectivos nombramientos de los "Populares" unionenses de 1988. Completando el panegírico exaltador de aquella querencia de María por su ciudad, se afirma: "Toda la existencia de María se ofrece signada por el amor a la tierra. A lo largo de su currículum se le van, precisamente por las andaduras del amor, seres y cosas, paisajes, hechos, vocaciones...".

A una entrañable meta, reveladora de su cariño por La Unión, aspira María cuando en uno de sus poemas se decide a devolverle a la tierra minera la prestada arcilla para descansar para siempre a la sombra del "Cabezo Rajao", a cuyo costado se extiende el cementerio de Nuestra Señora del Rosario.

*Me moriré en La Unión, junto a las minas.  
Con un rumor de mar a mi costado.  
El cante de mi tierra como rezo.  
Y el trovo de un amigo por corona.*

Muchas páginas de "Cristales míos", el libro con el que María inicia su andadura poética descansan en una invulnerable fidelidad al tema de la tierra: minero, mina, sierra, mar, familia...



En la revista cartagenera "Pinceladas", Juana Román le pregunta a María:

—¿Cómo sientes tú el amor por tu pueblo?

No duda María un solo instante en contestar:

—Entregándome a él, amándole de palabra y obra. Sólo se es feliz sabiendo que a los demás les llega algo de lo que tan noblemente se ofrece. Así, mi actividad un día junto a las mujeres de la Sección Femenina.

Le insistirá en el tema, luego, a Tere González Adalid en "La Verdad":

—En la Sección Femenina trabajé con ilusión porque estaba en edad y en época de trabajar.

Evocará entonces los comedores de niñas, el taller de artesanía, las enseñanzas de dibujo y pintura, el montaje de exposiciones y belenes, recitales de villancicos autóctonos... También, los años de concejal de cultura en el Ayuntamiento de La Unión.

Muchas veces, la pregunta inevitable, en el aire de las entrevistas caracoleando:

—María, ¿por qué La Unión?

A Pepe Belmonte se lo cuenta:


—En La Unión me quiere toda la gente... He tenido oportunidades de irme de La Unión, pero no lo hice ni lo voy a hacer. Carmen Conde ha trabajado mucho porque yo me fuera...

Y más tarde, en una entrevista firmada por García Mateos:

—Mi amor a La Unión tiene una dimensión incomparable. Todo lo que pueda afectarle en mal me entristece y todo cuanto pueda engrandecerle me alegra.

La pintora María Huertas González evoca en las páginas de "Agua" su propia niñez, visitando a menudo, de la mano de su tía Maruja González—otra enamorada de La Unión—, la casa de María, en cuya sala toman cuerpo las convocatorias de muchos concursos literarios, el proyecto de una tómbola benéfica, la solemnidad del novenario de la Patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosario, cuya Archicofradía preside. Verdad es que la presencia barroca, tan gentil, de la Patrona por las calles de La Unión viene a constituir todo un acontecimiento popular, siempre igual y siempre renovado, que la rueda del tiempo pone en pie cada año, llegado octubre. Es esta una estampa colorista, amada desde siempre por María, tradición que vence todos los tópicos y que atañe a todos porque de todos es. Contra riesgos y desventuras, la fiesta sigue, centrada en la Virgen del Rosario, "como nardo que en la sierra floreció", según se asegura en el himno de La Unión. La devoción popular a la Señora constituye una entrañable costumbre a la que María se entronca complacidamente, ofreciéndole tantas veces su galana prosa, exaltadora del tema.





No se conoce, por otra parte, Jueves Santo sin María acompañando al popularísimo Cristo de los Mineros, para el que escribe un considerable número de saetas, ni noche del Festival Nacional del Cante de las Minas sin la presencia de María, hasta el extremo de que en un reportaje publicado en "La Verdad", José María Galiana le pregunta, un tanto extrañado de descubrirla, ya anciana, noche tras noche, ocupando hasta la última actuación de la abundante nómina de "cantaores" la misma butaca:

—¿Tanto te gusta el flamenco, María?

María le contesta, sin pestañear:

—Me atrae cualquier manifestación artística. Ahora siento la obligación de estar presente en el Festival de mi pueblo.

Para estimular la creación de nuevas letras de "mineras" con destino al Festival, María costea, a partir de 1979, el Premio Andrés Cegarra Salcedo. El cronista escribe por aquellas fechas: "...Andrés va a escuchar ahora, al otro lado del mundo, suponemos que con entera complacencia, las nuevas letras bajo su nombre convocadas... En la 'minera' se decantan las esencias de La Unión. Lo que de potro desbocado guarda la historia de cada sangre derramada en las profundidades de la mina, anda ahora aferrado al pequeño andamiaje de la 'minera', copla para bravas gargantas, para corazones enteros; cante duro, a cal y canto cerrado para quien no sepa hacer de la pena, salmo; del escalofrío, oración; del dolor, una jarra de geranios frescos".

Con la convocatoria del premio instituido por María va enriqueciéndose el acervo jondo del cancionero de las minas con las aportaciones de muchos poetas de primera línea.

Le pagará La Unión a María, al final de su vida, su amorosa entrega, otorgándole el título de "Hija Predilecta", recompensa sin duda la más estimada por María que, en el acto de proclamación de su nombramiento, se dirige a Salvador Alcaraz Pérez, alcalde de La Unión, en emotivo párrafo de gratitud, leído por Andrés Cegarra Páez, sobrino de María: "Para mí ser Hija Predilecta significa vivir la paz auténtica, la admiración verdadera... Descansando en ese hermoso título, yo ya no sé llorar, ni conozco el miedo, ni la tristeza... Sólo sé vivir la ventura que me otorga esta recompensa, este privilegiado honor, guardián generoso protegiéndome. Palabra que para mí éste es el título más bello que pudiera alcanzar, racimo de diez letras capaces de sostener la legítima dosis de gozo, tan importante carga de amor...".

Se siente así María arropada por un pueblo al que desde la cuartilla o el trabajo ha entregado la parte más noble de su existencia. No, no tuvo razón Miguel Hernández al escribir aquella carta a Carmen Conde y Antonio Oliver: "Quiero escribir pronto a María; sé que le hará un bien grandísimo salir de su ambiente mineral y familiar. Comprendo su drama y sería triste verla envejecer sola en La Unión...". No, de verdad no ha estado nunca sola María en La Unión.



## VI. Entre la fórmula y el desvarío

Ya Giménez Caballero, en el prólogo que abre el primer libro de María, establece dos premisas dispares en la poesía de la autora: "Desde el título –"Cristales míos"– hasta la entraña del libro me parece sentir como dos aromas diferenciales: la mujer que sueña y la mujer que calcula. Desvarío y fórmula". ¿No descansarán aquí, pues, de algún modo, aquellas claves que van a impregnar toda la obra de María?

*Sin faltar a mi trabajo científico, exacto,  
he creído en falsas armonías...*

Así lo afirma María en el primer poema que inaugura luego su nuevo libro, precisamente con el título "Desvarío y fórmulas" bautizado. De "Cristales míos" a "Desvarío y fórmulas" más de cuarenta años median. Es en 1978 cuando María se determina a publicar un nuevo libro en homenaje a Andrés en sus bodas de oro con la muerte. En su última página escribe:

*Lo que escrito antecede  
es tan tuyo, tan mío,  
que su esencia de tu ausencia me viene  
y su latido de su vacío nace.*

"Obra excepcional", según la "Historia de la literatura murciana", de Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, "Desvarío y fórmulas" se apoya en la hermosa aventura de enfrentarse al proceso creativo desde la experiencia docente.

*Los alumnos guardan una palabra  
latente y, sin decirla, bien amada.*

"En esta ocasión –escriben Juan Barceló y Ana Cárceles en su libro "Autoras murcianas"– la poesía y la química se hermanan en feliz amalgama para, con su talento, la escritora hacer de lo prosaico y formulístico, de nuevo, la más pura poesía".

Por su parte, Victorino Polo, en el tomo X de la "Historia de la Región Murciana", al estudiar "Desvarío y fórmulas", define la obra de María como "poesía concentrada, decantada para ofrecer un mundo no por personal y prosaico menos aparente para ser poseído y simpatizado por los lectores".

En su ensayo "El mundo poético de María Cegarra", Carmelo Vera se detiene en aquellos poemas "cuyos protagonistas son los alumnos queridos a través de los cuales existe una trasmutación del alma de la poetisa en el alma de los adolescentes".



*Vivías la primera fiel demencia  
la virgen rebeldía de escapar.*

.....  
*Te dije adiós con la cabeza vuelta.*

*No podía mirarte.*

*Temí que descubrieras que yo te comprendía.*

En 1986 la Editora Regional de Murcia incluye en su catálogo la "Obra completa de María Cegarra" que llega a contar "Cada día conmigo", su último libro —se sobreentiende que inédito— por entonces. Según Santiago Delgado, prologuista de la edición, "se trata de lo más personal de su obra". Agregando: "Responde este último poemario a una voluntad testaria que busca dejar poso de lo meditado a lo largo de toda una vida dedicada inteligentemente a lo más honesto que encontró: su familia, su poesía y su profesión...". Termina el prologuista su presentación con un buen consejo con destino al que lo hubiere de menester: "Léase a María Cegarra si se quiere leer poesía intemporal, no atada a ninguna escuela, una poesía que religa belleza, necesidad y emoción desde la primera palabra de cada poema. Nada menos".

"Poemas para un silencio", al fin, ya en la senectud, sin publicar todavía cuando estas líneas se escriben. Por medio, Pepita, su hermana. En la primera página del libro. María, avisa, cauta, temiendo molestar al posible lector: "El contenido de este libro ha nacido como un rezo palpitante y desorientado. Sólo aspira a que cuando lo lean los que conocen a Pepita le regalen a ella el oro de una oración".

Ocurre que un día ronda la muerte bandolera. Guadaña en mano, visita la casa de María. Pepita, la hermana amada entra en un largo silencio que ya nunca abandonará; sin morir del todo, vacía su memoria, sella sus labios para siempre.

*Se quedó sin voz.*

*Ya no atiende a otras voces...*

Van naciendo así, dolorosamente, las páginas del último libro. En la habitación de una clínica, en perenne guardia, María alimenta no sabe qué milagroso acontecimiento, qué prodigio inesperado.

*¡Si a fuerza de preguntarte,  
terminar tu silencio pudieras,  
convertirlo en gajos de palabras,  
en chorros de voz cálida!*

*¡Una señal al menos.  
de tus labios nacida!*



Desolación final. La muerte, al fin, cercenando a la mitad el mazo de cuartillas.

—¿Por qué ha tenido que morir Pepita? Para mí era mi padre, mi madre, mis hijos, mi marido, mi todo. Sueño que no es verdad lo sucedido. No me acostumbro a estar sin ella. De pronto, creo que voy a verla entrar por esa puerta, saliendo de la cocina, colocando una maceta de laureles sobre el alféizar de esa ventana, portando los trastos de planchar en la habitación del norte, junto al balcón por donde hasta hace poco tiempo se alcanzaba la estampa del lejano mar, las palmeras, los molinos...

Continúa entonces escribiendo la segunda parte de "Poemas para un silencio", la más triste. Sobre la mesa, un flexo, un bloque de cuartillas y unos bolígrafos azules que Amalia, prima de María, aliviadora un tanto de sus soledades, ha colocado con una ternura contenida, al cómodo alcance de la mano. Amalia es mujer de pocas palabras, poco más o menos de la edad de María. Viste siempre de negro, lo que no le impide la leve coquetería de unos jazmines prendidos con un alfiler en el vértice del escote. Amalia podría ser descrita, mejor que por el cronista, por la pluma de Azorín o la de Gabriel Miró. Pocos conocen que, como entrañable recuerdo de su lejana juventud de muchacha bonita, un tanto tímida, Amalia guarda secretamente una revista en cuyas páginas, algo rosigadas y descoloridas por el tiempo, destaca su retrato entre una considerable colección de fotografías de señoritas de pueblo, aquéllas que gozaron de la suerte de ser elegidas "bellezas" oficiales del lugar, musas de los poetas que, rimando "rosa" con "mariposa", alcanzaron la Flor Natural de unos Juegos Florales convocados por el Ayuntamiento. Todavía sin terminar María su último libro, Amalia muere, tras una larga enfermedad durante la que ha sido atendida en cuerpo y alma por María. Seguirá ésta escribiendo, rompiendo cuartillas, aliviando su corazón con el verso de cada día. Va naciendo así, con el segundo rimero de poemas, no muy robusto, la segunda parte de su última obra. Dirigiéndose a la hermana muerta, dice:

*Abora que estás en la verdad,  
acércame el lenguaje de tu ausencia...*

Descansará María, al fin, en la cercanía de Dios, solicitándole:

*Sepa yo aprender  
los silencios lejanos  
que envuelve tu grandeza  
y en un gozo celeste  
encontrar  
todo lo amado que perdí.*



Seguro que a la postre, un aura consoladora, una dulce marea de confianza y sosiego acabará por ganarla. Después de todo, a lo largo de su existencia. María jamás hizo dejación de aquel santo y seña personalísimo, tabla protectora, ancla de su salvación en tantas de sus desventuras, panal de sus hieles en fin: "Mi creación es soñar".

## VII. Pepita

Por primera vez, en letra impresa, desvelando su personalidad hasta ahora oculta, aparece un día el nombre de Pepita en una de las primeras páginas de "Gaviota", el libro de Andrés: "Para mis hermanas Pepita y María, a cambio de su ternura", reza su dedicatoria.

Después, en "Cristales míos", es la propia María en la que, en patético aguafuerte literario, se dirige a Pepita: "Hermana —figura de mausoleo—, como siempre estás sobre la losa fría de su sepulcro, has perdido tu calor. Golondrina negra —hermana—, de tanto cruzar el camino que va a sus cenizas, se han quebrado tus alas...".

Más tarde, en "Desvarío y fórmulas", insiste María en un fraterno homenaje al ofrecerle a Pepita un bien compuesto ramo de metáforas: "grano de arena con blancura de pan", "torre azul", "gota de agua transparente", "luz temblorosa"... Amorosa letanía finiquitada con una noble aspiración:

*Qué gran premio sería  
que acabasen nuestras vidas a la vez.*

La muerte de Andrés viste a Pepita de luto para siempre. Junto a Andrés la ha encontrado un día Carmen Conde: "¡Qué emoción, qué latir del corazón de poco más de dieciséis años ante la visita al escritor admirado por todos y con el doloroso prestigio de su dolencia incurable! Entramos mi padre y yo a tu cuarto lleno de libros, donde tú, Andrés, estabas sentado en un ángulo cercano a tu cama, rodeado de Pepita, que como un mar de amor te convertía en isla de luz para todos!".

Quien antes la conoció no habrá de identificar en esta nueva Pepita enlutada a la alegre y atractiva muchacha locuaz de ayer, en cuyo corazón cabe una importante aleación de sangre andaluza, que no en vano cordobesa fue la madre, señora de serena belleza y atrayente gracejo. Inolvidable donaire, ciertamente, el de Pepita, mocita que a los Quintero les hubiese proporcionado idónea falsilla para uno de sus deliciosos personajes femeninos. Verdad es que no hubo baile de carnaval, ni coro de novena, ni función de aficionados, ni junta convocada por las Damas de la Cruz Roja de la que Pepita fue secretaria, sin su presencia imprescindible. ¡Pero si muchos años antes de que Garci se decidiese a llevar al cine su "Canción de cuna" ya estaba Pepita frente



a las candilejas del teatro de La Unión, texto de Martínez Sierra en mano, bordando sus parlamentos de monjita en la clausura de un convento de papel pintado! Hasta la última escena de "Canción de cuna" podía recitar Pepita de carrerilla: "Yo, siempre que comulgo, me figuro al Señor en figura de niño, y así lo aprieto contra el corazón, y me parece que es tan pequeño y tan desvalido, que no me puede negar cosa que le pida. Y luego se me antoja que llora, y le pido a la Virgen que me ayude a callarlo. ¡Si no fuera porque me da vergüenza y porque se van a reír de mí, le cantarían coplas!".

Jamás perderá Pepita luego, muerto Andrés, entregada fraternalmente al culto de su recuerdo, su compostura y atracción. Una conversación con Pepita supondrá siempre el encuentro con la agudeza de la palabra, con el chispazo de la feliz ironía, incluso con el golpe de humor. El cronista recuerda sus tertulias, tan gratas, siempre interesada Pepita por el pulso de la vida local, de todo cuanto suponga un signo positivo a favor de su ciudad. Grata conversadora, en el sustancioso reportaje que José García Martínez firma en "La Verdad", citado anteriormente, no es María sino Pepita, como "más locuaz" la que abre el fuego de la conversación sobre el tema del hermano muerto.

Lógicamente, el fallecimiento de Pepita sume a María en la tristura más desolada. Su dolor sólo encuentra lenitivo en la dedicación de ofrecer a la memoria de la hermana muerta un libro-homenaje. Todo se lo cuenta María a Antonio Arco, que la visita en su casa de La Unión, en unas declaraciones luego insertadas en "La Verdad": "Cuando Pepita se fue me dejó un hueco tremendo y la única forma de calmar esa pena mía es escribiendo de ella... A partir de entonces me llené de todo este mundo que me dejó, y escribo fácilmente, doloridamente, "Poemas para un silencio".

*Digo "Mi hermana"  
y alcanzo los horizontes.*

En una carpeta archiva María versos, apuntes, versiones distintas sobre un mismo tema... La presencia de Pepita toma cuerpo en aquellas cuartillas donde descansa su letra ya feble, temblorosa, distinta a su caligrafía de ayer, de tan poderosos trazos, alimentados —¿quién no los recuerda?— por tinta verde. Eso: al modo de Miguel Hernández.

En otra carpeta guarda María el recorte de un periódico en el que alguien, atendiendo más al mandato del corazón que al de la literatura, pudo escribir las letras que siguen: "...El corazón de Pepita ha dejado de latir en la tierra, llevándose en su viaje hacia el encuentro con Dios una parte del alma de La Unión, a la que amó entrañablemente y de la que, desde la sombra, tan pendiente estuvo siempre... En el traslado de sus restos desde su domicilio hasta el templo del Rosario soldados de la Cruz Roja han sido portadores de su féretro, cubierto por la bandera de tan admirable institución. Le devolvería



así la Cruz Roja a Pepita, en entrañable gesto, todo el amor que ella había desplegado a su favor durante muchos años. A lo mejor a Pepita le sonaría la facilona imagen literaria, al borde del barato efectismo —¡ella que jamás aguantó un guiño superficial, una ramplonería!—, pero a uno le ha parecido que, cuando Pepita Cegarra cruzaba por última vez los umbrales de su casa —¡aquel emblemático, inolvidable Bailén, 10!—, la gaviota que en recuerdo de Andrés tiene sus alas cinceladas en la placa de mármol de la fachada, ha intentado recobrar su imposible vuelo para acompañarla gentilmente, amorosamente, en su tránsito hacia la otra orilla".

### VIII. De la creación literaria de María al margen de los libros

No se crea que, pese a los años que median entre "Cristales míos" y "Poemas para un silencio", la pluma de María ha permanecido callada. Las horas del laboratorio y la docencia no han impedido que, de algún modo, su voz escrita deje de sonar en múltiples ocasiones, si no tantas como su sensibilidad de poetisa le demanda, sí las suficientes para cumplir con aquellas fidelidades a las que su corazón la une: temas del paisaje natal, amigos, familia, búsqueda de Dios...

A los veintidós años muere el oriolano Ramón Sijé, fundador de la revista "Gallo Crisis". En su memoria María publica entonces un bello trabajo en el número de "Levante Agrario" correspondiente al 25 de enero de 1936, luego recogido por José Muñoz Garrigós en su "Vida y obra de Ramón Sijé".

...Nieves de fuera del mundo helaron la vida de Ramón Sijé, trasplantándolo, tenue y transido, desde su adorada Oleza a una "literaria ciudad amanecida", toda de gloria y eternidad.

.....  
En la nochebuena del 35, entre cánticos de resurrección a un mundo mejor —cánticos y paisajes místicos de Orihuela agitada de despedida—, en intercambio con la Natividad cristiana —tenía que sucederle así a Ramón Sijé—, huyó por el camino de los elegidos.

Purificado de sus palabras, aéreo de imágenes, sublimado de sus verdades, ardido de literatura y humanidad, habrá cruzado el umbral último y desconocido como estampa de un Greco pintor de adolescentes. Ya en lo exacto y firme, será llamado en alburas perennes.

En el lugar vacío de Ramón Sijé, junto a las lágrimas, quememos el aroma de un rezo.



Pocos meses después, a punto de desplomarse sobre nuestro suelo el trágico ciclón de la Guerra Civil, el dominical de "ABC" publica un artículo de María, a los molinos cartageneros dedicado:

...Un pañuelo en cada radio, un saludo en cada vela, y las novias del espacio vencen todos los días en lucha sonriente.

El mar de Cartagena y el otro menor de Los Urrutias y Los Alcázares, tiene tierra adentro estos molinos representantes de barcos, palomos prisioneros, mensajeros de actividad, en el regazo de un Levante cálido, optimista, sombrío del lado de las minas, cuyos pozos respiran sus riquezas abandonadas.

Llegada la primavera, las calles de Cartagena se pueblan de "granaderos" y "judíos", tronos empavesados de áureas lumbres, sosteniendo la agonía de un Crucificado o el llanto de una Dolorosa. María se siente fascinada por el tema de la Semana Santa. Al alimón con el que estas líneas firma, escribe en 1945 un pequeño libro exaltador de aquella imaginería cartagenera que puebla la liturgia callejera de los días sacros.

La exaltación en prensa y folletos, luego, de los Sanjuaneros. Tan arraigado anda en su pluma el tema bíblico del discípulo amado por Jesús, que María llega a presentarse un año al concurso que premia el mejor artículo sobre el San Juan Marrajo, obteniendo el primer premio, por supuesto que con entera justicia.

Nadie podrá despojar a La Unión de su fidelidad a la Semana Santa, de tan rancias soleras. No dejará María ni un solo Jueves Santo huérfano del correspondiente verso o prosa en homenaje al Cristo de los Mineros, impresionante efigie, única que a La Unión le resta de sus antiguos desfiles procesionales. Queda María prendida en el color del impresionante cortejo integrador de interminables filas de mineros, portando sus herramientas de trabajo o iluminando con los típicos "carburos", luciérnagas cizagueantes por calles que a Castillo-Puche le recuerdan las de "algunas ciudades del borde del Pacífico, como Guayaquil, Cali o la misma Cartagena de Indias".

...La procesión del Cristo de los Mineros es un grabado en roca, a golpe de marro, de firmes y pronunciados relieves. La mina y el dolor del Crucificado.

Una armonía que nace del trabajo penoso, heroico, y del Drama de la Pasión.

.....  
Aquí los cirios son minerales —¡qué lejana la cera entre mieles!—, piedra que destila luz, que sublima fuego, para velar a Jesús; carburadores de la mina en procesión, formando galería, con el cielo por techumbre. Para tan inmensa Tragedia, inmensa fortaleza.



No le bastará entonces a María su colaboración literaria en el periódico o en el folleto anunciador. Insertada enamoradamente en la tradición local de la saeta –ningún lugar fuera de Andalucía llega a contabilizar mayor número de saetas a favor de sus Cristos y Vírgenes que La Unión, nacida al socaire de la inmigración andaluza–, María inventa sus letras destinadas a enriquecer el acervo jondo de la Pasión callejera:

*Dame el marro, compañero,  
que tengo que desclavar  
al Cristo de los Mineros  
y no voy a "releva".*

*No tengo miedo a las minas  
ni le temo a los barrenos  
porque conmigo camina  
el Cristo de los Mineros  
sangrando por las espinas.*

*No necesitas sepulcro,  
que la galería te espera  
con los cirios de pirita  
y el sudario de galena.*

Una de estas saetas pasa a enriquecer la llamada "misa minera", tantas veces celebrada en el templo unionense del Rosario.

*Dejadme que coja al Cristo  
con mis brazos de minero.  
En cuanto nos hemos visto  
me ha llamado "compañero".*

El "Santo", por cartageneras; los "Kiries", por mineras; la plegaria de la Comunión, por tarantas... "ABC" lo afirma en 1970: "Una saeta minera centra el tema de la homilía. El pueblo la canta como suya pero –lo de siempre– sólo unos pocos saben que la escribió María Cegarra".

En 1975 un acontecimiento cultural tiene lugar en La Unión: el Congreso Nacional de Flamencología, aliándose de este modo, en apretado lazo cordial, dos geografías: La Unión y Córdoba, cuyo alcalde, Antonio Alarcón Constant ostenta la presidencia del Congreso. "Se unen así, simbólicamente, azahares y barrenas, mezquita y mina, Cristo de los Faroles y Cristo de los Mineros" –texto del programa oficial–. María escribe con este motivo:



Córdoba y La Unión se han encontrado. Palpitan al mismo ritmo, sueñan las mismas cosas, alimentan igual ambición: la pureza del cante. Ellas son fuerte llamada, eco que no acaba. Suenan, resuenan, me envuelven, alzan en una ausencia abierta en lejanías, memoria en hervidero de distancias. Escribir sus nombres me conmueve. Mi madre era de Córdoba, mi padre de La Unión. Y si a esta ciudad la respiro día a día y la vivo palmo a palmo, aquélla la contengo desde el balbuceo inicial de mis palabras en el principio del mundo sonoro de mi vida, hecha calor, ternura, paisaje, tierno cántico de amor en mi sangre.

.....  
Cuando los hombres se reúnen para cantar está salvado uno de los más bellos y nobles sentidos de la humanidad.

Córdoba fue nombrada. Insólito hallazgo en el baúl de los recuerdos éste de la edición por la Editorial Levante de un "Ultimo obsequio a Manolete":

.....  
Porque mi madre es de Córdoba, tengo la obligación de acudir a tu duelo y llevar en el pecho la rosa negra de mi luto.

.....  
¿Es que el mármol se muere? ¿Es que esculpido han podido vencerte? ¿En qué lugar eres ahora columna de venas irrompibles sosteniendo un cielo y derribando un toro gigante, descomunal, inmenso, que se sale del mundo?

.....  
Junto a Dios ha nacido el clavel de nieve de tu amanecer.

Demanda también la muerte su prosa, su verso a veces. Un Martes Santo, cuando La Unión dispone la colorista parafernalia de la andadura procesional y aún permanece fresco el llamamiento literario que convoca a las sacras jornadas, por María firmado, muere Jerónima Bernabé, su cordialísima amiga, nombre impar en las piadosas tareas preparatorias de la Semana Mayor. Escribe María entonces:

*Ya todo es transparencia para ti.  
Cogida estás a la mano de Dios,  
con voz y sin palabras.*

.....  
*Como eras Dolorosa blanca, rota,  
te sumaste al cortejo  
que llegó a las alturas sin esfuerzo.*



*¿Qué palomas han nacido en tus manos?  
¿Enciendes las estrellas?  
¿Ordenas las rosas de los astros?*

Vuelve María a llorar la muerte de Andrés en el libro-homenaje que la Editorial Levante publica con motivo de las bodas de plata con la muerte de su hermano:

*...Correr, correr será uno de tus cielos.  
Dios te lo mandará con ímpetu suave y complacido  
de premio bien ganado.  
Atrás los faros, las cimas y las torres;  
bajo tus pies, las aves.*

.....  
*Los astros eran tuyos,  
podrás pisar sus cumbres y elegir un balcón  
donde mirar sereno, sonriente, desbordando ternuras,  
nuestro recuerdo vivo.  
Sin traiciones,  
en este soplo ausente de veinticinco años.*

Ya en la senectud, cuando Pepita se ha ido, María recibe una mañana el mazazo de una noticia dolorosa: Juanela Sáez, su entrañable, aún joven amiga, ha muerto repentinamente. Voces amorosas tratan de aliviar su desconsuelo, su rebeldía al entender María, obstinadamente –tal es su pena–, que no es Juanela sino ella la que debía haber sido reclamada por la muerte. Escribe más tarde en la prensa:

La voz del sentimiento ha corrido por La Unión, fuego de muerte inesperada: ha muerto Juanela Sáez. Era una mujer extraordinaria, en plena juventud, graciosa, atractiva, llena de vida, de bondad, de amabilidad incomparable. Saberla muerta es ponerse a llorar en desconsuelo.

.....  
Madrugadora, abría la mañana del trozo de la calle Mayor donde vivía. "Buenos días, Juanela". "Adiós, Juanela"... Toda alegría, a todo le daba solución eficaz, porque contaba con su voluntad y su esfuerzo. Era una torre de paz, volcada hacia los demás. Más alma que cuerpo...

Todavía, el prólogo de un hermoso libro de cuentos para Josefina Soria, el texto de una monición que en el templo del Rosario es leída en la fiesta patronal, los últimos versos del libro "Poemas para un silencio"...



*...Salta entonces el alma  
con su verdad gloriosa,  
amparándome.*

Verso y prosa de María. Leerlos devotamente cuando ella ya no está entre nosotros constituirá sin duda el mejor de todos los homenajes a María tributado.

## IX. Los homenajes

En "Desvarío y fórmulas", publicado en 1978, asegura María:

*No tengo ningún premio.  
A congresos no asistí:  
Medallas y diplomas  
nunca me fueron dados...*

Sin embargo, reencontrada definitivamente para la poesía, toda una copiosa nómina de homenajes y recompensas invalidarán pronto los versos que anteceden. La concesión de la "Rosa de Plata", premio instituido por el Centro de Iniciativas y Turismo y patrocinado por el Banco de Bilbao, de Cartagena, inicia en el mismo año en que se edita "Desvarío y fórmulas" la robusta suma de galardones a favor de María.

Dos años más tarde, por acuerdo del Claustro de Profesores del Instituto Nacional de Bachillerato Mixto, de La Unión, con el refrendo de la Corporación Municipal y el de otras entidades que completan el oportuno expediente, el Boletín Oficial del Estado, de 6 de febrero de 1980, publica la orden por la que se otorga el nombre de María Cegarra Salcedo al mencionado Instituto. Con este motivo es editado un voluminoso libro titulado "A María Cegarra. Homenaje de la docencia murciana". Carmen Conde abre sus páginas con emotivo poema:

*...Quiero que te lleguen, te acompañen  
mis palabras de fe en tu persona  
a través de los tiempos, inviolable.  
Yo leeré en el frontal de tu Instituto  
tu nombre esclarecido justamente.*

Ilustrado por Pedro Ginés Celdrán, Cristina Taltavull y Asensio Sáez, el libro recoge, amén de la presentación oficial firmada por Diego Antonio Martínez Caracena, director del Instituto, numerosos trabajos literarios de la citada Carmen Conde, Salvador García Jiménez, Manuel Aracil, Carmen Arcas, Santiago Delgado, Francisco Bernabé, Aurora Saura, Asensio Sáez,



Manuel Cifo, Juana Marín Dávalos, José María Manzanares, José Luis Martínez, Jerónimo Martínez, Francisco de la Torre y Juan Manuel Villanueva. Numerosas personalidades intervienen en el acto de inauguración del Instituto, así como en el almuerzo-homenaje en el que María ofrece su testimonio verbal de gratitud: "...Es bonito que un nombre figure en la frente de piedra de un Instituto de Enseñanza Media, cuando aún permanece cálido en la frente viva, por donde siguen pasando despiertos los pensamientos. Ello obliga a adentrarme a un recorrido por mi vida de trabajo en mi contacto con los demás..."

Con motivo de la edición de las obras completas de María, en 1987, la Editora Regional de Murcia, conjuntamente con el Ayuntamiento de La Unión, promociona el acto-homenaje, a celebrar, según reza la oportuna invitación, en el Centro Cultural Unionense bajo la dirección de Santiago Delgado. Alumnas de éste, pertenecientes al Instituto de Bachillerato del Instituto José Planes, de Espinardo, ofrecen un bien ensayado y mejor resuelto recital sobre la obra de María. "A nosotros nos toca ahora completar la labor de la Editora Regional para que el libro se difunda como merece—valgan aquí las palabras pronunciadas en el acto por el que suscribe—. A lo mejor—nunca se sabe—, en esta enamorada difusión, sin opción al desánimo, de los libros que realmente valen la pena—que tampoco son tantos, todo hay que decirlo—, radica el secreto de que la literatura disponga un día de tanto poder de convocatoria como un partido televisado, como los ecos de un concierto discotequero, como el pase de "Rambo" por el vídeo. Mientras esta aspiración se lleva a cabo, mientras un libro de poemas continúe siendo pasto más o menos exquisito para minorías, esforcémonos en lo posible en la promoción del libro en general, y en este caso en que esa muchacha que cada día, enderezando sus pasos hacia sus respectivas aulas, lee el nombre de María Cegarra Salcedo en la portada del Instituto de La Unión, sepa penetrar en el cosmos profundo y deslumbrador de su poesía a través de las páginas del libro que esta tarde se presenta".

Ya traspasada la frontera de los noventa años, la "ADEC", en colaboración con "Caja Murcia" y el Ayuntamiento de La Unión, organiza un nuevo e importante acto bajo el epígrafe "Homenaje de la Mujer Murciana a María Cegarra". Juan Barceló, catedrático de Literatura y secretario de la Real Academia Alfonso X el Sabio, de Murcia, abre la jornada literaria señalando que con la poetisa unionense nace la literatura femenina en Murcia. A su vez, Ana Cárceles, profesora de Literatura afirma: "María Cegarra no quiso nunca abandonar La Unión, pero superó con creces los límites espaciales para ubicarse en las corrientes poéticas de su tiempo y ganar, a fuerza de sobria perfección, que su nombre figure hoy en la nómina más noble de nuestros poetas".

Continúan los homenajes de la Asociación de Librerías y Papelerías de Murcia, el de la "Mujer del Año" en Cartagena, que ofrece un magnífico vídeo



sobre María y su entorno, los de "Mesa-Café", los inefables, nunca bien alabados, de Josefina Soria y su Tertulia Literaria, su nombramiento de miembro correspondiente de la Real Academia Alfonso X el Sabio...

Al fin, en 1992, el título de Hija Predilecta de La Unión, pocos meses antes de su muerte. Amor con amor se paga. A la querencia de María por su pueblo, responde éste con el más preciado título para quien, fiel al suelo de su nacimiento, enamoradamente, quema muchas de sus horas a su mayor gloria. "María Cegarra pertenece a esta estirpe de personajes arquetípicos gracias a cuya labor se enriquecen y dignifican los pueblos". Son estas las palabras con las que inicia el solemne acto del nombramiento Salvador Alcaraz Pérez, alcalde de La Unión. Autoridades, escritores, artistas, políticos, etc., desbordan el Salón de Actos del Ayuntamiento y, más tarde el restaurante donde tiene lugar el almuerzo-homenaje, al final del cual María solicita: "Que se acerquen los hijos predilectos del mundo y vivan conmigo el sano gozo, la felicidad que yo vivo en estos momentos...".

#### X. "¿Cuándo nos vamos a La Unión?"

Si Oscar Wilde certificaba que sólo ha habido niebla en Londres después del pincel de Turner, no es arriesgado asegurar, a nuestra vez, que sólo a partir de Fela Cegarra puede hablarse de modélica ternura para atender con entera eficacia a nuestras tías carnales que, aparte de escribir hermosos libros, necesitan un día el cántaro samaritano del buen amor, la mano amiga que le sostenga un libro e incluso, llegado el triste momento, les cierre los ojos en la tierra, para que más tarde, puedan abrirlos tan ricamente en las esferas de la eternidad.

Junto a su tía, permanece Fela muchos días, los últimos de la poetisa, en el cuarto soleado de la clínica murciana en el que María, que en la película personal de sus viajes—de estudios, unos; turísticos, otros—siempre ha elegido como predilecta secuencia la jornada de su regreso al hogar, se esfuerza ahora en obtener contestación a la obstinada, esperanzadora pregunta: "¿Cuándo nos vamos a La Unión?".

Todavía en los ratos más lúcidos—en verdad nunca llega a perder la consciencia—requiere María bolígrafo azul, cuartilla amiga, con destino al nacimiento de los últimos versos de su libro póstumo.

Alguna vez, alguna visita cordial, la carta alentadora, la presencia de su buena amiga María Teresa Cano, leyéndole en voz alta los propios versos de María, animándole piadosamente con su afable palabra, su mano asida a la mano de la enferma...

El apetecido regreso a La Unión, al fin. A media mañana del 27 de marzo de 1993, llegan los restos de María a su ciudad. En el Instituto Nacional de Bachillerato, en cuya portada luce el nombre de María Cegarra, se instala la capilla ardiente. Se decreta por el Ayuntamiento de La Unión dos días de luto oficial.



Cuatro guardias municipales con uniforme de gala escoltan el féretro hasta la iglesia del Rosario, en la misma recibido sobre el fondo del "Requiem" de Mozart. Con las autoridades, presiden el duelo los familiares de María, entre ellos, Fela, Andrés y Francisco Javier Cegarra Páez. En la oración fúnebre el párroco del Rosario, José Manzano glosa el entronque espiritual de María con su parroquia, la reciedumbre de su fe. En el extenso reportaje publicado en "La Verdad", Paco Icaro y Antonio Arco dan cuenta del solemne ceremonial: "Pencho Cros hiela la iglesia del Rosario con su poderosa voz cuando canta los propios versos de María Cegarra". Previamente, el que estas líneas firma ha dado paso a lo que pudiera llamarse homenaje entrañable por el que María cumple el deseo de que, a su muerte o desnacer, cante y trovo –fúnebres nanas mineras– acunen su despedida:

*...el cante de mi tierra como rezo  
y el trovo de un amigo por corona.*

El mítico Antonio Fernández acompaña con su guitarra a Pencho Cros, "voz minera de La Unión", según el poeta Antonio Murciano. Angel Roca, trovero de lujo, historiador del trovo, repentiza su quintilla de urgencia:

*Canto lleno de emoción  
la quintilla que le canto.  
María Cegarra es La Unión  
y aunque vaya al camposanto  
queda en nuestro corazón.*

Terminada la ceremonia, Andrés Cegarra Páez toma la palabra para agradecer a los asistentes que llenan las tres naves del templo, su cordial presencia.

En "La Verdad" varios poetas ofrecen su homenaje a la memoria de María: Salvador García Jiménez, José María Álvarez, Francisco Sánchez Bautista, Aurora Saura... Paco Icaro, el poeta de La Unión escribe, entre otros versos:

*No hay muerte, María.  
Tu muerte certifica lo eterno...*

También Francisco Javier Díez de Revenga manifiesta en "La Verdad": "Ahora, las entrañas de esa tierra de Murcia, traspasadas por las minas, sentirán el cósmico temblor de escalofríos que nos produce la muerte de María". "Templo vivo de poesía ardiente" llama a ésta Francisco Carles Egea. A su vez, en "La Opinión", el que fue su alumno, José Zarco Avellaneda, recuerda a María "transformando la química en poesía". "Aún no me hago a la idea de que María se haya muerto. Creía que era como una diosa mineral



y eterna –se duele José Belmonte Serrano al cronista–. Alguna vez alguien sabrá agradecer todo lo que ella hizo y escribió para gentes que acaso no lo merecimos".

Meses más tarde, con la coordinación de Antonio Arco y bajo los auspicios de la Fundación Cultural de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, de Murcia, se celebra un importante homenaje –"de lujo"– según expresión del propio Arco. El programa editado, con portada de José Lucas, cuenta con los nombres de Antonio Gala, Agustín García Calvo, Jaime Siles, José Agustín Goytisolo y Carlos Bousoño, ofreciéndose, además un recital poético en el que toman parte Pedro Guerrero, Angeles Moro y Juan Carlos Mestre, como asimismo la actuación de Amancio Prada. El brillante homenaje se cierra con un acto –"Recordando a María Cegarra"– que reúne a los siguientes poetas y escritores, citados por orden alfabético de apellidos: José Belmonte, Santiago Delgado, Dionisia García, José Luis Martínez Valero, Soren Peñalver, Asensio Sáez y Aurora Saura. Señálese aquí, sólo a título de curioso dato, que el único acto que con todo rigor estudia la vida y la obra de María y al que asiste un considerable número de oyentes, apenas cuenta con eco en la prensa. Anécdota pintoresca al tema referida: "La Verdad" publica al día siguiente una fotografía de los poetas y escritores murcianos participantes en el citado acto. El pie de dicha fotografía es el siguiente: "Un momento del concierto de Amancio Prada" (¡¡). Más: de los siete participantes unas inoportunas tijeras se cargan la vera esfigie del que suscribe, talmente como en la lección del Kempis sobre el mucho provecho que el ánima recibe con la aceptación del humano desprecio y santísima humildad. "Vanitas vanitatum...".

También la Fundación Enma Egea, de Cartagena, tributa a María un emotivo homenaje, editando la carpeta de poemas seleccionados por Josefina Soria e ilustrados por Rafael Braquehais, que es presentada en solemne acto celebrado en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento unionense.

A su vez, la revista "Murgetana", editada por la Real Academia Alfonso X el Sabio, de Murcia, incluye en su número 87, bajo el título de "María Cegarra o la intimidad frente a la muerte" un homenaje de despedida firmado por José María Rubio Paredes, emotivo ensayo centrado en aquella felicidad espiritual que, como victoria frente a la muerte, es de suponer ha sido ganada por María tras su tránsito a la vida eterna, en la que habrá alcanzado uno de sus más caros anhelos, tantas veces expresado en la tierra a través de sus versos, entrevistas periodísticas y amistosas conversaciones: la unión con sus muertos amados. Mujer de robusta fe, para María será éste de la muerte un estadio de plenitud junto a Dios, en que, sin embargo, lo que son las cosas, le va a ser difícil prescindir, en más de una ocasión, de aquella pregunta clave, por ella pronunciada como terca, lúcida, insobornable consigna: "¿Cuándo nos vamos a La Unión?".



## BAILEN 10, LA UNION. LOS HERMANOS CEGARRA SALCEDO

ASENSIO SAEZ

*Homenaje al profesor Juan Barceló Jiménez*  
AA.VV. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1990

*En La Unión nacen, de familia media, los Cegarra Salcedo. Andrés malogrado en plena juventud, pudo ser el más genuino representante de la literatura murciana de la generación.*

*...De la obra inacabada de Andrés es parte integrante, mediante esta lucha que se percibe, en el amor, en el recuerdo y en la poesía, la misma poesía de María Cegarra.*

*Juan Barceló Jiménez - Ana Cárceles Alemán*  
"Escritoras Murcianas"

Una lápida en mármol, sellando la fachada de la casa número diez de la calle de Bailén, recuerda en La Unión el tránsito por la tierra de alguien que, trastocando en aventura su desventura, hizo de la pluma su santo y seña.

Bajo el vuelo de una simbólica gaviota cincelada en la piedra—"Gaviota" es el título de uno de los libros del escritor unionense—, se recuerda al que pasa: "Aquí vivió y murió Andrés Cegarra Salcedo, 1894-1928". La gente, la hermosa gente que busca en el bar el sorbo samaritano de un espumoso, el pasto visual de cada día en el vídeo-club, el "porro" en el "pub", el colorín de la revista del corazón en el kiosco y el nuevo "look" en la "boutique", saben que, tras los muros de esa casa que guarda todavía la tradición levantina de la teja y el balcón, un hombre que ancló un día su juventud a su anquilosis, pudo vencer, a través de su fortaleza espiritual, el lastre de tantas limitaciones físicas hasta hacer de su dolor materia apasionada de literatura.



Otra lápida bautiza una calle principal de La Unión con el nombre de Andrés Cegarra. No olvida nunca la ciudad minera a su escritor muerto, y así se viene a atestiguar nombrándole un día Hijo Predilecto, titulando con su nombre una importante aula de cultura, publicando distintos opúsculos y folletos literarios que avivan su memoria, convocando, en fin, bajo la tutela de su recuerdo, un concurso anual –Pemán fue en cierta ocasión su ganador– por el cual se premia la mejor letra destinada a ser cantada por "mineras" en el Festival Nacional del Cante de las Minas. En su itinerario por tierras de España, Tico Medina encuentra un día en la plaza del Rey de Cartagena, "un manojo de surtidores en homenaje al escritor regional Andrés Cegarra Salcedo".

### "Querida memoria de Andrés..."

Nace Andrés Cegarra en La Unión el día 3 de mayo de 1894. Muchos años después, María, la hermana menor del escritor, abrirá su primer libro con las siguientes palabras: "El día 3 de mayo, día de las cruces de flores, naciste, y tu vida fue una pasionaria –flor de cruces– que subyugaba y conmovía".

Breve viene a resultar ciertamente la biografía de Andrés, enseguida alertada por el dolor de una enfermedad incurable. Su obra literaria –cantar más que contar– iba a ser pronto no el reflejo de la vida gastada, sino el de la vida soñada, entrevista desde un sillón de paralítico, barca varada pasa siempre al otro lado de aquel balcón abierto al poniente, en cuyos cristales, como una proclamación de oros coruscantes, se agarraba cada tarde –"para no irse del todo"– los interminables crepúsculos del Cabezo "Rajao", tantas veces exaltados por Andrés.

Niño aún ha de enfrentarse con los primeros ataques de la enfermedad que pronto habría de reducirlo a una total inmovilidad. Bachillerato y Magisterio en Murcia. El mismo Andrés nos lo cuenta en su "Evocación del tiempo de estudiante": "Ibamos a Murcia a examinarnos y a ver pasar el agua bajo el doble arco patinado del viejo puente. Y aquella visión fresca y rumorosa de los árboles y del río nos acompañaba ya todo el año –fino dardo de nostalgia–, en el páramo estéril, seco y gris...". De 1912 a 1914 asume la dirección del Liceo de Obreros. La creación de la revista literaria "Juventud", luego. A los veintitrés años, perdido ya todo contacto con el mundo exterior, apenas puede manejar la pluma. Se vale entonces de Pepita, la hermana mayor, pozo insondable de ternura, a quien dicta y orienta en la ordenación de sus trabajos literarios.



Nadie evoque al escritor, sin embargo, derrotado por la enfermedad, vencido por el destino inmisericorde que tan temprano le arrebató absolutamente todos los derechos al goce de su juventud. Columna derribada, abatido árbol, decide Andrés desde un principio, la superación de la adversidad física. Vive para escribir y escribe lo que sueña. Entre las paredes de su cuarto se agrupan misteriosas geografías imposibles, circulan vientos, alumbran soles, bullen mundos y trasmundos. Tampoco se sospeche que el escritor pueda cortar los hilos que le atan a la realidad, con la que siempre ha de contar. Será precisamente la realidad la que, sometida a su función de creador, le vaya suministrando la oportuna munición para sus sueños, léase libros. Valga el dato: desde su dramática inmovilidad, a través de las páginas de su "La Unión, ciudad minera", va a aportar, a favor de la por aquellos días tambaleante minería unionense, las más idóneas soluciones.

Conversador amenísimo, alcanzadas ya famas y prestigios, la casa del escritor pasa a ser centro de animadas tertulias literarias. Entre los asistentes, una jovencísima Carmen Conde. "Con cierto deseo de historiarnos, querida memoria de Andrés, porque creo que quedaremos vinculados profundamente a la literatura de nuestra provincia, voy a relatarte cómo nos conocimos y nos encontramos tantas veces en tu casa, en tu habitación llena de tu voz más que de otra vida... ¡Qué emoción, qué latir del corazón de poco más de dieciséis años ante la visita al escritor admirado por todos, y con el doloroso prestigio de su dolencia incurable! Entramos mi padre y yo a tu cuarto lleno de libros, donde tú estabas sentado en un ángulo cercano a tu cama, rodeado de Pepita que, como un mar de amor, te convertía en una isla de luz para todos...". Pertenecen estas palabras al trabajo de Carmen Conde insertado en el libro-homenaje "*Bodas de plata con la muerte*", editado en 1953 con motivo del XXV aniversario de la muerte de Andrés, volumen que recoge también, entre otras firmas, las de Francisco Alemán Sáinz, José Ballester, Miguel Fernández, Raimundo de los Reyes, Ernesto Giménez Caballero, Antonio Oliver... Justamente en aquella habitación a la que hace referencia Carmen Conde, se gesta la "pomposa, ingenua, mínima, descomunal *Editorial Levante*" —palabras de Pedro García Valdés—, en la que tantos nombres de reconocida resonancia en el ámbito literario tienen cabida. El escritor y oftalmólogo unionense Antonio Ros, de tantos y tan amplios prestigios en Méjico luego, escribe: "Quiso Cegarra, desde el encierro de su habitación, dar al ambiente unionense un matiz más distinguido y más espiritual, al que acudieron... los literatos jóvenes, llenos de ilusiones, de anhelos, de esperanza". Afirmará luego Francisco Javier Díez de Revenga: "Ahí están, pasados los años, los veinticinco volúmenes de autores murcianos de la Editorial Levante; ahí quedan las propias palabras de Andrés; ahí la admiración de todos ante este emotivo escritor...".



## La prosa iluminada

La prosa de Andrés despierta el interés del académico Ortega Munilla, que prologa su primer libro. Para Ortega Munilla las "páginas bellísimas" de "*Sombras*" constituyen "la revelación de un delicadísimo ingenio". Afirma: "Lo que hallo de singular en las cuartillas de este nuevo literato, es la novedad del léxico, dentro de la norma castiza. El posee un amplísimo vocabulario, en el que se dilatan y diversifican los matices de la idea. Ello es mérito excepcional...".

Juega Andrés Cegarra en "*Sombras*" y más luego, en "*Gaviota*", con la palabra, venciénola, domeñándola. Se diría que la luz rabiosa, mediterránea, de la sierra, se desploma sobre muchas de sus páginas. Alcanzadas éstas en ocasiones por la airón modernista, desbordada siempre de imágenes, colores y metáforas, la belleza plástica no impedirá jamás, sin embargo, que, bajo la reverberante corteza —la prosa iluminada—, dejen de adivinarse las médulas del hueso dolorido, las llagas del alma en soledad: "¡Oh, desencanto, cruel ponzoña, cómo has entrado en mí! Qué inútil, qué ridículo, este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor...". Pero enseguida, en pie, el gesto confiado, vetado por la esperanza, al que sin duda se refería Alemán Sáinz al escribir: "¡Patético Andrés Cegarra, con una contención creadora, con una elegancia decidida a no volverse personaje de autocompasión!".

Cuenta el paisaje en la prosa de Andrés. Piedra, mar, árbol, cielo, rambla... No hay tema menor para la pluma del escritor, absorto ante una geografía que nunca conoció, enamorado imaginativamente de múltiples andaduras, él que, personalmente recorrió tan pocos caminos. Así, los paisajes de sus "*cuatro estaciones*", cerradas con el invierno de su propia desolación: "Ahora y todo el año, y siempre, nieva en mi corazón".

## Los cuentos

Dirigido por José Luis Viloria e interpretado por Germán Cobos y Esperanza Alonso, TVE ofreció por los años sesenta la escenificación de "*La Caldera*", un cuento de Andrés Cegarra. El guión lo firmaba Carmen Conde. La sinopsis argumental descansaba en dos nombres de hombre: Francisco y Manuel, "como las dos caras de una humanidad sufriente, valerosa, llena de ira por celos, rebosando valor y heroísmo para salvar a sus compañeros de una catástrofe que arrasaría sus vidas". Una vez consumado el sacrificio de Manuel, nudo del argumento, el héroe endereza sus pasos hacia la casa de la amada, a la que ofrece el horror de los dos muñones que sustituyen a sus manos, preguntándole: "¿Me querrás ahora?". La novia abre sus brazos y "aprieta a Manuel contra su corazón".



Respetará siempre Andrés en su narrativa el peso de la peripecia de los cuentos tradicionales frente a la simple glosa, apunte o viñeta literaria, en tantas ocasiones etiquetados como cuentos, no siéndolos. No olvidará Andrés, por supuesto, en todos y cada uno de sus relatos su vocación de buen prosista, es decir, el esplendor de la palabra, pero a la vez no perderá de vista nunca la urdimbre argumental como primordial ingrediente literario del cuento, decisión por la que nacerán, camino del libro, dotados de sangre propia, la señorita Josefina y su madre, venidas a menos, encandiladas por el brillo deslumbrador de los escaparates de la gran ciudad, ante los que jamás deberán detenerse; el niño que, no sabiendo rezar —"y en esto se conocía que no tenía madre"—, consigue que su palabra llegue al cielo, haciendo descender la lluvia sobre el campo sediento, mientras que las súplicas de los demás han de caer en los surcos de la tierra cuarteada, "como alondras sin vida"; Martín, cuya sangre, como la de Cristo, sirve para salvar al soldado amigo; sor Rebeca, besando limpiamente, maternalmente, a Perico, entre los rosales del huerto conventual; "Gaviota", el pilluelo de la playa, solitario y desvalido, cuyo nombre, en piadosa compensación, puede dar título al más hermoso libro de Andrés.

Terrible estampa la del mendigo inválido de "Taumatúrgica", uno de los más impresionantes cuentos del escritor. "Aún era joven. Le cruzaba la cara un oblícuo tajo, una cicatriz morada, honda, de hinchados labios repulsivos, mamelones amados por las moscas que él oxeaba de tarde en tarde con su único brazo apto...". Buscando remedio para su drama, acude el mendigo a la intercesión sobrenatural. Cuando entre la multitud enfervorizada, avanza el trono de la Virgen milagrosa, el hombre se olvida de sí mismo y solicita la luz para los ojos de María Dolores, merced que Nuestra Señora otorga a la vez que, generosamente, le hace saltar a él de su carro de tullido. ¿Esforzada situación? Sea el mismo escritor el que conteste: "Tened en cuenta, amigos, que al alzar a aquel hombre de su carro me levanté a mí mismo".

### "Este miedo"

¿Qué hubiese sido de Andrés Cegarra, de no haber madrugado la muerte tan temprano? "No hay nada tan emocionante como tomar un libro de un escritor muerto en la juventud y tratar de sondear el futuro de una obra que no ha llegado a realizarse", afirma Alemán Sáinz.

Cuando, continuando la tradición de los almanaques literarios, Andrés da los últimos toques al número cinco de la colección publicada por la Editorial Levante, le llega la muerte. Antonio Ros se hace cargo de la terminación del almanaque, ilustrado con una generosa profusión de fotografías y avalado por conocidas firmas. En su primera página escribe: "Muere



muy joven Andrés Cegarra, el escritor sutilísimo y el muchacho bueno, de noble perfil y de alma abierta a todas las gentilezas... Andrés Cegarra Salcedo era nuestro prestigio. Su intelectualidad era nuestro orgullo. Su corazón, nuestro amor largo. Con su muerte perdemos un entusiasta de su tierra nativa, por la que tan preciosas energías quemó; un recio valor literario y, sobre todo, un alma ancha, buena y generosa, amiga de todos".

Lejos, ya, el miedo a la muerte: "Este miedo a la muerte, este horror al final", —ha escrito un día Andrés Cegarra—, añadiendo inmediatamente, sin embargo: "¡Oh, ambicioso deseo! Cabalgando sobre el lomo de fuego de una estrella errante, ir de mundo en mundo, como las ígneas mariposas de la fauna del vacío. Ir hacia lo remoto con afán insaciado, novia siempre la prosa del más allá... Perderse en los abismos infinitos, sin esperanzas de retorno. Y súbitamente, encontrarse humillado a los pies de Dios. Y que una voz suavísima y potente —como un trueno sonando en una flauta— diga, llenando el orbe de sonora dulzura: —Acércate, hijo mío...".

Tarde del 14 de enero de 1928, Andrés Cegarra Salcedo pudo, efectivamente, acercarse a Dios. "La muerte de Cegarra produjo sincero dolor en los círculos literarios regionales", escribe José Cano Benavente en su libro "Murcianos de otro tiempo". Fue enterrado el escritor en el cementerio de Nuestra Señora del Rosario, enclavado justamente al pie de la sierra minera, desde cuyas cumbres bajan a La Unión vientos ululantes, vientos en desespero. La sierra toda, un inmenso mausoleo para Andrés, que tan apasionadamente la amó. Cincelada en el mármol de su tumba, como una esperanzadora consigna, una cristiana advertencia pone en pie la memoria del escritor: "...Porque es gran día en la ciudad de Dios cuando llegan, al fin, los que en la tierra sufrieron mucho".

### "Por escucharte, canto..."

La muerte del hermano entronca a María Cegarra a la literatura. "Después de morir Andrés, inmediatamente empecé yo a escribir. Antes no había hecho nada. Nada en absoluto... Es posible que el haber elegido yo este camino de la literatura haya sido por prolongar la memoria de Andrés", confiesa María a José Belmonte Serrano en "La Verdad", de Murcia.

María, por aquel entonces era una bellísima muchacha de ojos claros en los que se sostenía un azul transparente, un punto agrisado, seguro que por influencia de aquellas tonalidades argentíferas de la familiar minería. Desde Bonn, María Teresa Cervantes cuenta en "Idealidad", de Alicante, su descubrimiento personal de María Cegarra, allá por los años cincuenta: "Recuerdo que en nuestro encuentro fue su mirada lo primero que me impresionó: de un azul mineral, una especie de piedra preciosa...".



Ernesto Giménez Caballero visita a María un día en La Unión. Contará más tarde su impresión sobre su casa, sobre el laboratorio en que María analiza la plata de las minas, estancia "con frialdad seca, levantina, dura, ascética. Larga mesa: balanza, platillos, polvos de mineral, tubos de ensayo. (Aquí analizo la plata de las minas. Cada vez traen menos muestras. Esto ya es un desastre). Pero esa estancia almacenososa y rígida estaba como burlada por un cuartito breve y contrario...". En ese pequeño despacho se acumulan libros, dibujos, retratos... En un anaquel, la fotografía del hermano muerto. "Todo el secreto de la casa, y de María, y de la hermana y de la madre y del padre y de las paredes y de las macetas y del silencio y del laboratorio y de los análisis de plata para sostener a la familia, estaba en aquel rincón, en aquel retrato: el hermano".

Cuando Giménez Caballero descubre que María prepara un libro de poemas, se ofrece para escribirle una introducción. Poco tiempo después, exactamente en la primavera de 1935, se edita el libro, a Andrés dedicado. Su último poema acercará al lector a la clave que ha movido a su autora a escribir "Cristales míos": "¡Cuánto tiempo que no oigo tu voz! Por escucharte, canto. Por saber de ti, he inventado este falso renacer".

### Primer libro de María Cegarra

Espléndida introducción, en verdad, la prometida por Giménez Caballero a María, abriendo su primer libro, "Cristales míos". "Si yo dijera que María Cegarra, por razón contemporánea, pertenece al grupo de poetas llamados puros, de la escuela pura, quizá hubiese dicho algo y no hubiese dicho gran cosa. Si yo dijera que María Cegarra, por razón de sexo, pertenece al grupo de muchachas poetas actuales, como Ernestina de Champourcín, Concha Méndez y alguna otra, creo que habría dado una ficha de leve importancia. Y sin embargo, es necesario partir siempre de estos datos externos e históricos cuando se quiere llegar a otros acrónicos y sin espacio. No en lo que se parece María Cegarra a los poetas de la "escuela pura" sino en lo que se diferencia de ellos y especifica es en lo que puede de verdad interesarme".

Ochenta y dos poemas en prosa componen "Cristales míos". ¿Llegó a conocerlos Guillermo Díaz-Plaja, apasionado ardientemente por el poema en prosa? Sí los conoce Juan Ramón Jiménez, que felicita a María con su inconfundible letra picuda, ojivas de catedral, signos casi musicales; mientras en la "tercera" de "ABC" Manuel Bueno le dedica un extenso, elogioso comentario. Por su parte, desde "La Nación" de Buenos Aires, Benjamín Jarnés alaba abiertamente el libro, cuyos poemas "han sabido absorber los zumos de la más delicada sensibilidad contemporánea". Y Guillermo de To-



re: "Todo el libro se ilumina patéticamente con este fulgor evocativo junto con el que despiden las formas minerales sugeridoras de otros poemas".

Libro de original temática, "Cristales míos". "Una poética pasada por el laboratorio", según Francisco Henares en su reciente "Manual de Historia de la Literatura en Cartagena". Poemario siempre sorprendente, por cuyos poros se le escapa a su autora el alma. Dígalo mejor que nosotros la pluma de Miguel Hernández: "...poemas femeninos, rociados de pólenes de las minas y el corazón, sumergidos en melancolía, mar, soledades..."

### Amistad con Miguel Hernández

Miguel fue nombrado. Entre el poeta oriolano y María Cegarra se ha establecido una corriente de mutuas simpatías. Miguel visita varias veces a María en La Unión. María lo lleva a beberse el paisaje del mar y de la mina. "No puedes imaginarte cuánto he pensado en tu persona desde nuestro reencuentro en tu pueblo... Inolvidable para mí los días que estuve por esas tierras —escribe luego Miguel desde Madrid—. ¿Por qué no nos veremos con más constancia? Sólo me queda de tu compañía tu libro y dos mendrugos de mineral. Nada más, aunque no es poco...". Y todavía: "El otro día quité de la solapa de mi chaqueta aquel nardo que me regalaste. María, ha llegado conmigo hasta Madrid; no debió mustiarse nunca...". La revista de poesía "Tránsito", de las que se copian estos párrafos, afirma, conmovida por la publicación de la entrañable carta: "Hoy huele a nardo el rostro de nuestra revista; al nardo que María Cegarra Salcedo le regaló a Miguel Hernández. Reavivar aromas en este correo inédito que cruza por las páginas de Tránsito conmovió el último grano de nuestra arcilla..."

En su "Yo, Miguel", publicado en Orihuela en 1972, Francisco Martínez Marín incluye la carta que Miguel Hernández dirige, también desde Madrid, a Carmen Conde y Antonio Oliver: "...Estoy aquí y ya no sé si he estado ahí, con vosotros, con los molinos, con el mar y las islas y María. Únicamente me lo aseguran los rostros de las fotografías que me quedan... Quiero escribir pronto a María: sé que le haría un bien grandísimo salir de su ambiente mineral y familiar. Comprendo su drama, y sería triste verla envejecer sola en La Unión..."

Muchos años después, Belmonte Serrano escribe en "La Verdad": "Cuando uno oye el nombre del gran poeta oriolano por boca de María Cegarra, vienen a la memoria todas esas cosas que se han escrito y hablado sobre estos dos personajes".

En la primavera de 1979, María evoca la presencia de Miguel en un poema publicado precisamente en el citado número de la revista "Tránsito":



*Nadie*  
*—ni antes ni después de ti—*  
*supo, sabe*  
*pronunciar mi nombre.*  
.....  
*Te recuerdo en mi nombre*  
*—aprendido de ti—*  
*que conmigo, inseparable, llevo...*

## Entre el desvarío y las fórmulas

En 1978 se cumplen las Bodas de Oro de Andrés Cegarra con la muerte. María se decide entonces a publicar un nuevo libro de poemas: "Desvarío y fórmulas". "¿Por qué ha callado María tanto tiempo?", se pregunta Francisco Alemán ante el libro recién editado, para añadir seguidamente: "María realiza en ese libro una singular aventura, la de situar la creación poética desde su profesión de profesora de Química".

Se apresura a confesar María en una de las primeras páginas del libro:

*Hubiera querido ser una alquimista antigua.*  
*De códices extraños y fórmulas secretas...*

¿Pero qué otra cosa sino pura alquimia es la que viene a realizar María en su nuevo libro al transformar, a través del cauce de las palabras, la experiencia cotidiana, el signo trágico de su paisaje minero, la soterrada ternura, en un deslumbrante caudal poético?

En cuanto a su conexión con las aulas le urge proclamar:

*He sido*  
*una sencilla profesora de Química.*  
*En una ciudad luminosa del sureste.*  
*Después de las clases contemplaba el ancho mar.*  
*Los dilatados, infinitos horizontes.*  
*Y los torpedos grises de guerras dormidas...*

Le quemán en las entrañas los suspensos de los alumnos, disculpa al rebelde de las clases, se identifica con el que, a cambio de abrazar su vocación artística, abandona sus estudios...

*Te dije adiós con la cabeza velta.*  
*No podía mirarte.*  
*Temí que descubrieran que yo te comprendía.*



Y más tarde, en ofrenda a la hermana, ante un imposible tesoro, sólo existente en los versos escritos en unas cuartillas:

*Hay un tesoro en esas letras  
que yo sola veo y comprendo...  
No le cuentes a nadie mi regalo.  
Que no sepan tu caudal.  
Que no puedan sonreírse de tus joyas,  
ni burlarse de mis sueños.*

¿No andará aquí, precisamente en esta dualidad del cálculo y del ensueño la "justificación" del título del nuevo libro?

### Homenaje de la docencia murciana

Premiando su amorosa dedicación a la enseñanza, en 1980, en acto solemne, se impone el nombre de María Cegarra Salcedo al Instituto de Bachillerato de La Unión. Compañeros y amigos le ofrecen con este motivo un voluminoso libro que recoge interesantes trabajos literarios y artísticos. Abriendo las colaboraciones, un poema de Carmen Conde:

*...Yo leeré en el frontal de tu Instituto  
tu nombre esclarecido justamente.*

A todos ofrece María su agradecimiento a través de unas emotivas palabras en cuyo contenido sobrenada, como entrañables credenciales para su andadura por la vida, todo su amor por la enseñanza, por la Química, por la Literatura, por el contorno natal... "...Si dejase de ser yo en estos instantes, aplaudiría calurosamente, porque es encantador y generoso sacar a una mujer sencilla de su entorno –sencillo también– y elevarla inteligentemente sobre él. Es bonito que un nombre figure en la frente de piedra de un Instituto de Enseñanza Media, cuando aún permanece cálido en la frente viva, por donde siguen pasando despiertos los pensamientos. Ello obliga a adentrarme en un recorrido por mi vida de trabajo, en mi contacto con los demás. Y no encuentro nada destacado que merezca vuestra admiración. Algo habréis hallado vosotros, los que me traéis aquí. Yo sólo he puesto mucho amor en el quehacer de cada día, sin regatear sacrificios. Me veo igual a muchas mujeres que en la actualidad realizan trabajos semejantes al mío. La única diferencia es que ellas no habían entrado, todavía, en el mundo intelectual de los hombres, cuando yo empecé a estudiar... Es hermoso buscar, encontrar, humanizarse. El trabajo realizado con constancia y fervor, trae muchas com-



pensaciones... Amo a mi tierra, La Unión, entrañablemente. Nunca quise alejarme de ella, aunque tuve oportunidades ventajosas para hacerlo. Su vida de dichas o desdichas para mí son gozo o tristeza. Me siento amparada bajo su cielo, inmenso techo siempre azul, como el cobijo de mi propia casa...".

### **Poesía, cada día**

Bajo el título de "Cada día conmigo", un nuevo libro. En su primera página, la autora advierte, cordial: "Quiero que conozcáis que camino por sendas de paz, donde el corazón se cobija en el hueco del alma. Así de tiernas, sencillas, la voz y las palabras".

Sobre la mesa, con el pan y la sal de cada jornada, la poesía. Poesía, cada día. Han ido así creciendo, uno tras otro, urgidos por una honda melancolía, también a veces por un ilusionado aliento, los poemas de "Cada día conmigo". Se advierten en ellos, como en otras ocasiones, una necesidad de comunicación, de poner a navegar el corazón, cada mañana, sobre el mar de la cuartilla.

*Me estoy acostumbrando  
a vivir este amor  
que de todo me llega...*

En 1986, inédito aún, "Cada día conmigo" es incluido por la Editora Regional en su bello volumen "Poesía completa" que recoge el atrayente, dolorido, total corpus poético de María.

Fiel a sí misma, sin énfasis alguno, con la claridad solidaria que sella siempre sus versos, los de "Cada día conmigo" van ofeciendo sueños, soledades, interrogaciones, paisajes, querencias... Para Santiago Delgado, que avalora la edición de "Poesía completa" con una interesante introducción, "Cada día, conmigo" responde a "una voluntad testaria, que busca dejar poso de lo inmediato a lo largo de toda una vida dedicada inteligentemente a lo más honesto que encontró: su familia, su poesía y su profesión...". Insistirá luego el escritor murciano en esa intención de "recapitulación personal, también poética, de la autora", añadiendo: "Una brisa de dolor y tristeza, sobrellevada con esa digna abnegación ciertamente ejemplarizante que sólo puede surgir de la auténtica elegancia de espíritu, queda tras la lectura de este libro...".

Voz desbordada de amor ésta de "Cada día conmigo", en cuyas páginas almenradas por la autenticidad, puede encenderse todavía, como una breve, vulnerable llama, la esperanza:

*Con el alma crecida de inquietudes  
ansío conocer a quien se apodera*



*de mi encendido y turbado corazón.  
¡Ayudadme si como yo cantáis!*

## Nuevos poemas

Recién inaugurada, al fin, la soledad. Pepita se va. La hermana, "luz temblorosa y leve", un día entrañable amanuense de Andrés, decide cortar sus andaduras terrenas. "Aquel corazón en el que cabía una importante aleación de sangre andaluza —¡inolvidable gracejo el suyo, lozana agudeza la de su palabra!— deja de latir en la tierra". ("La Verdad", 9 de febrero de 1985).

Ante una carta que ahora arriba a Bailén, número 10, María se duele:

*La envían sólo a mí.  
Soledad que se agranda, habla.  
Permanece en este sobre blanco.  
Extraviado el nombre que le falta...*

Son versos destinados a un nuevo libro, "Poemas para un silencio". Silenciosa, vacía, la casa toda. ¿Pero de verdad se van del todo aquéllos que pesaron en nuestra sangre, los que un día contaron en nuestro corazón?

*El sol de la mañana te contiene.  
Caminas por los espejos, los libros, las macetas,  
con tu sonrisa clara...*

Presencia de Pepita. "Poemas para un silencio" es un libro "que sólo irá a manos de los que la conocieron", le dice María a Antonio del Arco.

Ni una sola vez la desesperada protesta ante el lanzazo de la nueva ausencia material. Se impondrá antes el vuelo de aquel sentido religioso que, como un paño de Verónica, ha impregnado en muchas ocasiones la poesía de María. Sabe ésta, por otra parte, que poner en pie sobre la cuartilla algo que el poeta amó y ya no está con él es ganar una voluntad de permanencia, un trascendente y total aliento de eternidad. En última instancia, no muere lo que el poeta desea que continúe vivo en su corazón.

Ganada por los recuerdos y rodeada por la cordialidad de los que la estiman, tanto que en la última convocatoria de "Populares de La Unión" obtiene por unanimidad el simpático título, María continúa haciendo válidas aquellas palabras, que, como una intrasferible verdad, figura en el citado libro-homenaje a ella ofrecido por la docencia mur-



ciana. "Amor y biografía una misma cosa vienen a resultar para María. A cal y canto ha cerrado su corazón a cuanto amor no sea. A lo largo de su currículum se le van por las andaduras del amor seres y cosas, paisajes, hechos, evocaciones...". Desde su Bailén, 10 –todo un insobornable símbolo–, al cobijo de esas palabras, decantando su verso, haciendo limpia transparencia de la sombra, memoria del olvido, eco del silencio, puede manejar María Cegarra cada día la más hermosa, exigente, lúcida consigna poética: "Mi creación es soñar".

## MARÍA CEGARRA: LA POETIZACIÓN DE LA VIDA

CARMELO VERA SAURA

*Huix de Poeta, Mayo-agosto 1992, Barcelona*

Hay poetas que de una forma callada e inadvertida pasan por la escena del mundo literario. Publicados además por una editorial, llámense la menor o periférica, no tienen el eco necesario que, en cambio, recibe cualquiera de los libros editados en las metrópolis. Si a ello se añade, para mayor pena, que uno de estos poetas sólo ha publicado tres libros a lo largo de su vida, que no ha asistido a ningún congreso o reunión de poetas, y que su poesía tiene la calidad suficiente para tener relevancia a nivel nacional, queda pendiente la reivindicación de estas líricas sin atención de serias a ningún juicio o demerito.

María Cegarra Salcedo es una de estas poetas, reconocidas por derecho biológico a la *Haragada* generada de 1936, aunque formalmente pocos son los puntos de contacto con la misma<sup>1</sup>, siendo, a este respecto, una poeta aislada y sorprendente, una especie de Emily Dickinson española. Citada pero extrañamente no antológica por su paisana Carmen Conde<sup>2</sup>, la evolución poética y humana de María Cegarra nos lleva a muy transparentes conclusiones.

1. *Cl. La generación de 1936*, P. Pérez Gredos, Madrid, Taurus (5ª ed.), 1981, y *La generación de 1936*, Luis Jiménez Martínez, Barcelona, Eumo y Japés, 1987 (2ª ed.). En verdad la verdadera influencia inicial sobre María Cegarra proviene de la poesía pura de la época: J. R. J., Guillén, Valéry, Salinas... Cf. *Existeria mexicana*, Juan García Barba y Ana Cécilia Alarcón, México, Academia Alfonso X el Sabio, 1986, págs. 143-157.

2. *Nueve reflexiones a María Cegarra española viviente*, Cataluña, Arquero, 1934. Existen también de la misma antología *Poesía femenina española (1919-1936)*, Barcelona, Bruzzone, 1967, y *Poesía femenina española (1930-1960)*, Barcelona, Bruzzone, 1974.



## HACER ECO DEL SILENCIO

ASENSIO SAEZ

"La Verdad", 27 de marzo 1993

Con la muerte de María Cegarra se cierra un importante capítulo de la poesía murciana, inaugurado un día con *Cristales míos*, hermoso libro prologado por el embajador Ernesto Giménez Caballero, y finiquitado con *Poemas para un silencio*, dedicados a Pepita, la hermana muerta. Con motivo del homenaje de la docencia murciana a la poetisa alguien escribió: "Amor y biografía, una misma cosa vienen a resultar para María Cegarra. A cal y canto ha cerrado su corazón a cuanto amor no sea. A lo largo de su currículum se le van por las andaduras del amor seres y cosas, paisajes, hechos, vocaciones...".

Ciertamente, desde su casa de Bailén, diez —sede de la Editorial Levante, todo un insobornable símbolo—, al cobijo de esas palabras, haciendo memoria del olvido, eco del silencio, pudo manejar María Cegarra cada día la más hermosa, exigente, lúcida consigna poética: *Mi creación es soñar*. por soñar, soñó María morir en La Unión: "Me moriré en La Unión junto a las minas". Antes había escrito: "Amo a mi tierra, La Unión, entrañablemente. Nunca quise alejarme de ella, aunque tuve oportunidades ventajosas para hacerlo. Me siento amparada bajo su cielo, inmenso techo siempre azul, como el cobijo de mi propia casa".

Ya en su día, Miguel Hernández, entrañable amigo de María Cegarra, afirmó en una carta dirigida a Carmen Conde: "Quiero escribir pronto a María. Sé que le haría un bien gratísimo salir de su ambiente mineral y familiar. Comprendo su drama, y sería triste verla envejecer sola en La Unión".

Sería Carmen Conde la que luego, con motivo de otorgarle al Instituto Nacional de Bachillerato de La Unión el nombre de María Cegarra Salcedo, escribiría acertadamente:



*"No te puede faltar hoy que tu nombre  
prestigia el Instituto de tu tierra,  
el recado de tu amiga...  
Yo leeré en el frontal de tu Instituto  
tu nombre esclarecido justamente".*

Ahora ese Instituto ha acogido piadosamente el féretro de María Cegarra, convirtiendo una de sus aulas en capilla ardiente. Hija Predilecta de La Unión, puede decirse que toda la ciudad ha desfilado ante los restos de la poetisa, por decirle su último adiós, a sabiendas, eso sí, que María Cegarra jamás se irá del todo de La Unión, agarrando su espíritu a las páginas de sus libros, a su proverbial generosidad que cada año ha venido convocando el premio de letras mineras, correspondiente a su famoso Festival Nacional, a ese Bailén, diez, tan emblemático —no me gusta el adjetivo tan en boga, pero no tengo otro que llevar a la pluma apresurada—, casa a cuyos balcones jamás volverá a asomarse aquel inconfundible perfil de María que el pintor Pedro Ginés Celdrán immortalizara en la *Obra completa* de la poetisa. La verdad es que para el que estas líneas escribe, desde hoy la unionense calle de Bailén empezará a ser, como en la copla machadiana, "una calle cualquiera, camino de cualquier parte".



## MARIA CEGARRA SALCEDO

ASENSIO SAEZ

"Papeles de Poesía", 1. Cartagena, 1993

La muerte del hermano escritor suscita la vocación poética de María. "Después de morir Andrés, inmediatamente empecé yo a escribir. Antes no había hecho nada. Es posible que el haber elegido yo este camino de la literatura haya sido por prolongar la memoria de Andrés", declara un día a José Belmonte Serrano en "La Verdad", confesión que nos acerca a las más legítimas claves de su poética: "¡Cuánto tiempo que no oigo tu voz! Por escucharte, canto".

Ernesto Giménez Caballero conoce a María Cegarra en La Unión escribiendo: "El Perito Químico que lleva María Cegarra se ha fundido con el poeta que es María Cegarra en ese ansia de cristalizar subsuelos de sustancias y penas. La lágrima inmóvil en la mejilla de cristal es sustancia clara y triste de la pena". Son palabras pertenecientes al prólogo, espléndido en verdad, con que Giménez Caballero abre "Cristales míos", (1935). Ochenta y dos poemas componen el primer libro de María, todos ellos, según Miguel Hernández, "sumergidos en melancolía, mar y soledades..." Varias veces visita Miguel Hernández a María en La Unión. En su reciente libro, "Miguel Hernández, desamordazado y regresado", publicado por "Planeta", Agustín Sánchez Vidal cita insistentemente el nombre de María en relación con la biografía del poeta oriolano. María es por entonces una bellísima muchacha de ojos claros, a caballo entre el azul del cercano mar y el gris argentífero de las galenas de la sierra minera. ¿Fueron esos ojos los que decidieron a Norah Borges, la hermana del escritor argentino, a pintar a María?. Desde Bonn, María Teresa Cervantes contará luego en "Idealidad" de Alicante, su descubrimiento de María, ya por los años cincuenta: "Recuerdo de que nuestro encuentro



fue su mirada, de un azul mineral, una especie de piedra preciosa". Tras un largo silencio, María ofrece en 1972, su "Desvarío y fórmulas", libro con el que según Francisco Alemán Sáinz, la autora se enfrenta con una singular aventura: "la de situar la creación poética desde su profesión de profesora de Química". Precisamente, premiando su dedicación a la enseñanza, en 1980, se le impone su nombre al Instituto de La Unión. Un nuevo libro, "Cada día conmigo", inédito, pasa a enriquecer su obra completa, prologada por Santiago Delgado. La muerte de su hermana Pepita sumirá a María en una total soledad, razón de su obra póstuma, "Poema para un silencio".

MARÍA CEGARRA SAICEDO

ASBENSIO SAIZ

"Poesía de María", I. Cerezo, 1993

La muerte del hermano escritor suscita la vocación poética de María. "Después de morir Andrés, inmediatamente empecé yo a escribir. Antes no había hecho nada. Es posible que el haber elegido yo este camino de la literatura haya sido por prolongar la memoria de Andrés", declara un día a José Belmonte Gervano en "La Verdad", confesión que nos acerca a las más legítimas claves de su poesía: "Cualquier tiempo que no vea tu voz. Por escuchar, canto".

El mismo Giménez Caballero conoce a María Cegarra en La Unión escribiendo: "El Pírrico Quinto que lleva María Cegarra se ha fundido con el poeta que es María Cegarra en ese oasis de cristales y palabras de estructuras y penas. La última invasión en la mejilla de cristal es estructura clara y rima de la pena. Son palabras pertenecientes al pedregal, expedito en verdad, con que Giménez Caballero vive "Cristales malos", (1933). Ochoa y dos poemas componen el primer libro de María, todos ellos, según Miguel Hernández, "sumergidos en melancolía, mar y soledades". Varios veces visita Miguel Hernández a María en La Unión. En su reciente libro, "Miguel Hernández, desmontado y reensamado", publicado por "Pájaros", Agustín Sánchez Vidal cita insistentemente el nombre de María en relación con la biografía del poeta ocalano. María es por entonces una bellísima muchacha de ojos claros, a caballo entre el azul del cercano mar y el gris azulado de las galapas de la sierra minera. Fueron esos ojos los que decidieron a Nohal Borges, la hermana del escritor argentino, a pintar a María. Desde Bonn, María Teresa Cegarra contacta luego en "Idealidad" de Alcazar, su descubrimiento de María, ya por los años cincuenta: "Recuerdo de que nuestro encuentro



(SIN TITULO)

ASENSIO SAEZ

A mí me ocurre que establecer fronteras entre lo que pertenece exclusivamente a la película de María Cegarra y lo que atañe a la película personal, la película de uno, me supone una seria dificultad. Porque si digo "infancia mía", digo tardes de mazapán y lápiz Feber en casa de María, gruta de Aladino de su despacho de la Editorial Levante, en el que de la mano de María escribe una carta a los Reyes Magos o dibuja un torpe paisaje minero con destino a la "Gente Menuda" del "Blanco y Negro". Y si digo "juventud mía" digo primer libro mío, editado por la generosidad de María, o trabajos literarios sobre temas de la tierra, escritos al alimón con ella. Y si digo, en fin "madurez mía" digo estrecha colaboración con María en múltiples afanes artísticos, como la preparación de maquetas de libros e ilustraciones en homenaje a la memoria de Andrés, el hermano muerto, o la convocatoria de los concursos de letras del Festival Nacional del Cante de las Minas que, precisamente bajo el nombre de Andrés patrocinaba ella, continúa patrocinando, de algún modo, a través de su familia.

Entonces, como lógicamente yo no estoy aquí para hablar de mí sino para hablar de María, tengo que hacer una difícil abstracción, despojando a la poetisa de mi cariño personal, de mi cordial admiración, y presentarla digamos en su estricta dimensión de mujer entregada a su poética vocación nacida precisamente por su amor al hermano muerto, hasta proclamar su dolorido "Por escucharte, canto", cuando todavía era una bellísima muchacha como pintada por Penagos. Luego, la dibujaría realmente la pintora Norah Borges, la hermana del escritor, sorprendida ante sus versos.

Sus versos siempre, sus hermosos versos, hasta el último día, cuando ya de la belleza de María restaba sólo una sombra, cumpliéndose así aquel temor de Miguel Hernández escribiendo a Carmen Conde y Antonio Oliver, después de uno de sus viajes a nuestro paisaje del mar y la mina: "Quiero escribir



pronto a María: sé que le haría un bien grandísimo salir de su ambiente mineral y familiar. Comprendo su drama y sería triste verla envejecer sola en La Unión...". En algo se equivocó Miguel, porque María no estuvo nunca sola, acompañada siempre por el amor de La Unión, de la que ella misma era parte esencial. El trovero Angel Roca así lo proclamaba, a golpe de octosílabo, el día del entierro de María, bajo las bóvedas del templo del Rosario:

*"...María Cegarra es La Unión".*

Fue la mañana en que, según Antonio Arcco y Paco Icaro, "el cantaor Pencho Cros heló la iglesia del Rosario" cuando cantó los propios versos de María, cumpliéndose así la aspiración de ésta al tener el día de su muerte el "cante de la tierra como rezo y el trovo de un amigo por corona".

Ahora, gracias a este impagable homenaje que hoy termina, los libros de María Cegarra alcanzarán sin duda un mayor número de lectores, gratísima consecuencia, en verdad, ya que, en última instancia, todos sabemos que el más hermoso destino que puede alcanzar un libro es el de ser leído.